

EL APOSTOL DE LA NIÑEZ

EN EL SIGLO XIX

RASGOS BIOGRAFICOS SOBRE

DON BOSCO

Y LA

CONGREGACION SALESIANA

POR

T. J. M. de P.



QUITO

TIPOGRAFÍA SALESIANA

1896



DON JUAN BOSCO



PRÓLOGO

De nada se ha hecho más burla en estos tiempos que de las cosas santas, y, sobre todo, de los Santos. No parece sino que degradada la humanidad no quiere que se la considere capaz de levantarse del fango y tender el vuelo hacia lo alto limpia y hermosa. Se ha llegado hasta inventar, por una ciencia novelera, no sé qué especie de contradicción entre las tendencias del siglo y la santidad; llegando, aún escritores que se precian de ortodoxos á encontrar el cato-

licismo en abierta y reñida pugna con el progreso moderno, creándose así una historia llena de sombras y lúgubremente misteriosa en que la virtud se nos ofrece con un carácter de vejez y de fiereza que espanta, y los que la practican toman el aspecto de aparecidos, de fantasmas de siglos que fueron.

Pues bien, nada más inexacto: la virtud es siempre bella y eternamente joven, y la santidad, en medio de nuestras mismas puerilidades y miserias, sienta sus reales; y, mientras los más andamos desalados por el triunfo del egoísmo nuestro, élla puesta la mirada en el cielo se sacrifica por nuestra bienandanza, nos caza en nuestras mismas artes y consigue de esta manera, en muchas ocasiones, que en vez del mundo que nos fascina, seamos de Dios.

La vida de Don Bosco es una hermosa prueba de todo esto; es la revelación soberana de la energía de un hombre que, en pleno siglo XIX, se apodera de fuerzas que parecen contrarias y las hace servir á un fin único, el mejoramiento de la especie humana por medio del trabajo inspirado en el temor santo de la Divinidad.

Basta recorrer á la ligera este libro, escrito sin pretensiones literarias, pero con toda la sinceridad y el entusiasmo que inspiran las grandes acciones, para mirar cómo ha sido posible valerse de ese mismo progreso que lleva en su seno los pavorosos problemas del proletariado, para traer la paz entre el capital y el obrero y, lo que es más, el consorcio íntimo del hogar con el taller.

Mucho se había escrito ántes al respecto; las personas de corazón y que

de veras se preocupan de las multitudes, en vano habían puesto sus talentos al servicio de tan simpática causa. Las sociedades religiosas, cuando más, habían conseguido aislar al obrero de la taberna, y las de ahorros y socorros mutuos hacer que se comprara la sepultura, en que, al término de la jornada, había de descansar de sus fatigas y sudores; de ahí no habían pasado: el trabajo continuaba con peso abrumador embruteciendo al niño y al obrero, ó, lo que es peor, haciendo desesperados, que, á vueltas de poco, cierta propaganda infame convertía en demolidores feroces.

Estaba reservado á Don Bosco encontrar no sólo la clave del problema, sino aún los medios de resolverlo; y ¡qué medios! el trabajo convertido, por la suave persuasión y única-

mente con la guarda del domingo, en simiente á la par que de bienestar material, de mejora y goce espiritual.

Trabajar es orar, ha dicho San Pablo; pues bien Don Bosco que, sin duda, había meditado profundamente sobre estas palabras del gran Apóstol, dió momentáneamente de mano á sus estudios teológicos, y fundó sobre ellas todo un sistema. Y lo curioso es que ese sistema se inició, precisamente, merced al apoyo de un furioso enemigo de la Iglesia Católica, y tuvo su realización en una cárcel! Indudablemente, una de las cosas que más llaman la atención en el presente libro es cómo Ratazzi, Ministro de Víctor Manuel y que tanto se preciaba de haber descargado golpes de maza contra los conventos, no se oponga á la obra civilizadora de Don Bosco y antes, por el contrario,

vea con agrado la multiplicación y crecimiento de los talleres salesianos; y cómo la mejora del obrero tiene su principio con los rapaces ya á medio pervertir de las cárceles de Turín. ¡La impiedad y la degradación social sirviendo, sin darse cuenta, á la obra de Dios!.....

Después de tantas y tan célebres órdenes religiosas como llenan el mundo parecía un contrasentido crear otra. La ciencia, la piedad, la penitencia, la caridad, la religión no eran importunas peregrinas en los claustros monásticos; tenían, por el contrario, su culto y su altar ¿qué de nuevo podía, pues, traer la Congregación Salesiana? En efecto, no traía nada, pero absolutamente nada nuevo; mas la calma majestuosa del antiguo monje, el amor á la ciencia y á la lucha del jesuita habían cedido su

campo á un espíritu emprendedor y sumamente modesto y sagaz. Así como en la edad media, ciertas órdenes de caballería, tenían el monje soldado, en la Congregación Salesiana, sus miembros son á la vez que sacerdotes hombres de trabajo. Quizá por esto la institución de Don Bosco es la única entre las órdenes religiosas que goza de las simpatías aún de los mismos incrédulos. Esto, indudablemente, no es un elogio; pero también no es menos que su labor es tan palpablemente benéfica que hasta los ciegos así lo comprenden.

En estos días tristes de anemia moral, en que hasta la esperanza parece haber abandonado á las almas buenas, la publicación de este hermoso librito, está llamada á despertar muchas energías que yacían como dormidas y demostrarles con el santo ejem-

plo de Don Bosco y de sus hijos, que las rotas únicamente se cambian en victorias con el trabajo, la perseverancia, y, que en vez de acallar nuestros dolores con lamentos contra el siglo del cual somos hijos es menester valerse de sus propias armas para vencerle y llevarle á los pies de Cristo. Que si la pedadogia ha hecho alianza con la incredulidad, la misma pedagogia es magnífica en acertando á ponerla de lado de Dios; que si la prensa es, en manos de los malos instrumento desorganizador, la misma prensa manejada por los buenos es instrumento de santificación y red santa con que se pescan almas para la Iglesia.

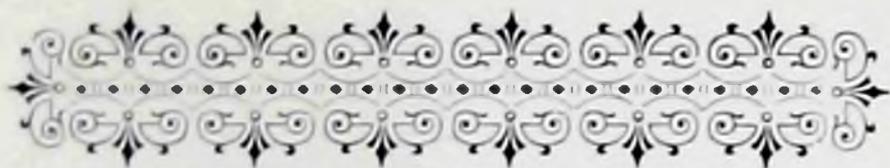
Uno de los espectáculos que más llamó la atención, en 1895, en Chile fué una banda de músicos jóvenes y de poco agraciado aspecto: y es que

los músicos eran salvajes de la Patagonia que, depuestos sus instintos bárbaros merced á los hijos de Don Bosco, entonaban el himno nacional chileno, el himno de una patria de la que, de repente, se encontraban ciudadanos por obra y gracia de la virtud civilizadora de la Religión Católica.

Quiera Dios que muchos de los lectores de este libro, venciendo timideces ó egoísmos, vayan á formar en las filas de Don Bosco y siendo buenos obreros como él, ó siquiera cooperadores de sus empresas, contribuyan á pregonar las glorias de Cristo Rey y la alteza de nuestra patria que está en los cielos!

Victor L. Vivar.

Quito, Enero de 1896.



EL GRAN APOSTOL DE LA NIÑEZ

EN EL SIGLO XIX

Rasgos biográficos sobre Don Bosco y la Congregación Salesiana

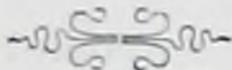
Sin miedo ni temor á equivocarnos podemos asegurar, que las noticias hasta el presente publicadas por la prensa católica española sobre el Congreso Salesiano, han producido muy distintos sentimientos en todos ó la mayor parte de sus lectores. De alegría, satisfacción y agradecimiento hacia la divina Providencia, en aquellos que más ó menos conocen la Obra Salesiana; de curiosidad y deseo en los que aún no la conocen. Pocos son en verdad los españoles que tienen noticia de las Obras de Don Bosco, á pesar de hacer ya más de doce años que España disfruta de sus favores. Mucho ha hablado la prensa

más no habiéndose ocupado nunca de presentar á Don Bosco y á la Congregación Salesiana desde sus principios, de aquí el que halla también muchos que solo tienen de tan grande Obra ideas aisladas, vagas y á veces incoherentes. Creemos, pues, que no es fuera de camino en las presentes circunstancias, decir algo sobre el varón de Dios que ha llenado la tierra con la fama de sus Obras y no nos cabe duda que los católicos españoles verán con gusto y satisfacción reproducir estas noticias por la prensa. Hombres famosos por sus letras, su ciencia y su virtud, han dado á luz admirables obras sobre Don Bosco y la Congregación Salesiana, de las que algunas ya han visto la luz pública en castellano (1). ¡Lástima que no podamos, como lo haríamos con gusto, dedicarnos á la traducción de ótras que indudablemente producirían un gran bien entre nuestros compatriotas!

Confiando en los auxilios de la divina Providencia y en la indulgencia y bondad de nuestros lectores, nos hemos decidido, á pesar de nuestra

(1) *Don Bosco y su Obra*, por el Ilmo. Sr. D. MARCELO SPINOLA y MAESTRE Obispo de Málaga.—*Don Bosco*, por el Dr. Carlos D' Espiney.—*Don Bosco*, por un Cooperador Salesiano.—*Don Bosco e la Pia Società Salesiana*, per Alberto Du Boys.—*Cenni sulla Società Salesiana*, per COSTANTINO LEONORI. etc. etc.

conocida y notoria insuficiencia, á emborronar unas cuantas páginas sobre tan inagotable y valioso argumento, para contribuir al más satisfactorio éxito del Congreso Salesiano, sirviéndonos para ello de los más principales datos que hemos podido recoger de las obras ántes mencionadas y á las que remitimos á aquellos de nuestros lectores que desearan adquirir más detalladas noticias, pues nuestro fin tan solo es presentar los rasgos más salientes de la vida de Don Bosco y de sus admirables Obras. Y para que algunos de nuestros lectores no crean que las alabanzas y frases laudatorias que escribiéremos nos las inspira el interés de parte, advertimos que las obras de que nos servimos y sobre que basamos nuestro trabajo, han sido escritas por personas enteramente extrañas á la Congregación Salesiana y que se decidieron á escribir movidas tan solo por lo que veían y no por vil interés ó por otras miras que no fueran la gloria de Dios y la difusión de sus obras para el bien y remedio de la humanidad, por tantos males al presente trabajada.



I**Don Bosco**

(1815-1841)

Si es cierto que una Providencia sapientísima y paternal rige el mundo, disponiendo los sucesos con amorosísimo consejo y siempre para muy altos fines, y si nada de cuanto acaece debajo del sol puede en este sentido y rigurosamente hablando denominarse casual, mucho menos nos será lícito pensar que los hechos que directa ó indirectamente tocan á esas almas privilegiadas, con justo motivo llamadas escogidas, porque con singular ternura y predilección muy señalada las mira el padre celestial, sean obra del ciego acaso.

Una formidable y tremenda revolución ruge de algún tiempo á esta parte no solo en Europa, sino aún en el mundo entero. Revolución ideal, porque desechada toda metafísica certeza, tan solo quiere admitirse la que cae bajo la acción de los sentidos sin reconocer verdad alguna del orden puramente psicológico. Revolución política, por la que muchos rechazan la autoridad de los príncipes, queriendo sustituirla por la del pueblo soberano. Revolución social, ya que se trabaja

para destruir todo derecho de propiedad y subvertir el orden de la sociedad civil. Revolución religiosa, por la que se quiere arrojar á Dios del corazón y de la conciencia del individuo, de la familia, de la escuela y en una palabra, del mundo entero; razón por la que la incredulidad ha declarado cruda y encarnizada guerra á la fé y á la moral católicas. Era pues á todas luces necesario que en este siglo tan corruptor y descreído, Dios suscitara hombres que conocedores de las necesidades de los tiempos actuales salvaran á la pobre humanidad y la redujeran al recto sendero del que tan á costa suya en mal hora se apartara.

Y si la divina Providencia opuso mártires á los tiranos, doctores á la herejía, anacoretas al sensualismo y pléyades de santos á la reforma; cuando la familia se descompone, y el edificio social bambolea, y los derechos de Dios se olvidan, y los descreídos políticos, para ser lógicos, consagran sus mayores esfuerzos á impedir que la fé cristiana inspire y dirija la educación del niño; del niño, que es á la sociedad lo que la semilla al árbol, la flor al fruto, la mañana al día; Dios, en su infinita misericordia, lejos de abandonar la sociedad á sus locos desvaríos, se empeña en salvarla, como Padre cariñoso, y envía al mundo hombres extraordinarios con un sentimiento de paternidad universal que les hace mi-

rar en cada niño un hijo, por cuya regeneración darían gustosísimos sus vidas. Y á la cabeza de esta falange contemporánea de apóstoles de la enseñanza cristiana, reformadora del individuo, de la familia y de la sociedad, descuella, circundado de luces portentosas, el sacerdote Juan Bosco. Reunidas en su alma por maravilloso modo la humildad del Patriarca de Asís con el celo de Domingo de Guzmán; el amor apasionado de Teresa de Jesús con la fuerza creadora del capitán de Loyola; la caridad de Vicente de Paul con la mansedumbre de Francisco de Sales, Don Bosco se presenta al mundo, abre sus brazos y, en nombre de la Iglesia, repite las palabras del Divino Salvador: *Sinite parvulos venire ad me: dejad que los niños se acerquen á mí.*

Y, como á Jesús, las madres le escucharon, y los niños le rodearon, y le amaron con locura, y siguieron sus consejos, y se ennoblecieron sus almas, y se alegraron sus hogares, y se enriquecieron las ciencias, las artes y la industria, y subieron por centenares á los tabernáculos del Señor y se multiplicaron como los retoños del olivo.

Ved, pues, aquí en el anterior párrafo como en incompleto bosquejo el cuadro grandioso y admirable que comenzamos á delinear sin por esto descender á pormenores á que ni el tiempo de que disponemos, ni la brevedad que nos proponemos dar á este escrito nos lo permiten.

Corría el año de 1815. Horribles catástrofes habían conmovido á la Europa cristiana. El coloso del siglo, Napoleón, huyendo de la isla de Elba, entraba en las Tullerías en febrero de aquel mismo año para encargarse de nuevo de las riendas del Gobierno de que con general satisfacción había el año anterior abdicado en Fontainebleau. La derrota de Waterloo derribó al gigante, y los pueblos todos de la Europa se sintieron sacudidos por el espanto, por la miseria, por los desastres de la guerra y, mas que todo, por los principios subversivos de la Revolución Francesa, que por todas partes habían quedado esparcidos. La Iglesia siempre previsora temía, y con justicia, profundos sacudimientos en las masas del pueblo, y, por boca de su Pontífice, recomendaba á los cristianos fervorosas oraciones. El 15 de Agosto de aquel año todos los templos católicos alzaban la imagen de María para honrarla en el misterio de su Tránsito á los cielos, y los fieles agrupados en torno de la Madre, la invocaban como rayo de esperanza, y millones de voces repetían: *Auxilium Christianorum*; Auxilio de los cristianos ruega por nosotros.

En aquel mismo día, bajo el cielo bellísimo de Italia, en el caserío de *Becchi*, ayuntamiento de Castelnovo de Asti, á pocas leguas de Turín, nació, de dos piadosos labradores, Francisco Bosco y Margarita Occhiena, Don Juan Bosco. Dios, en

sus designios le reservaba la misión no solo de educar á la juventud, sino de servir de padre á la niñez abandonada. Y á fin de que pudiera medir todos los dolores y miserias que acompañan al huérfano y desvalido, era preciso que él mismo iniciara su vida apurando el caliz del sufrimiento.

Contaba apenas dos años cuando murió su padre, quedando Margarita viuda sin herencia alguna, con cinco personas que alimentar y en un año de hambre general en el Piamonte. Dejo á la consideración de mis lectores los trabajos, las aflicciones, estrecheces y angustias que se sucedieron en tan críticos y difícilísimos tiempos. Merced, sin embargo, á aquel ánimo varonil y á la energía de Margarita, jamás, en medio de su miseria, les sorprendió con la noche el hambre, porque jamás les alumbró el día sin la oración; y al distribuirse los trabajos, teniendo en cuenta la complexión física de Don Bosco, su familia le dedicó á la guarda del ganado. Sin embargo, no era esa su vocación; Don Bosco tenía el propósito de instruirse, y, armonizando los deberes que la familia le imponía con sus deseos de ilustrarse, acudía á la escuela, distante muchos kilómetros de la casa paterna. De sólida instrucción religiosa, acudía también al templo para oír las predicaciones de los sacerdotes, y las retenía con aquella memoria prodigiosa, que era una de sus facultades características, que conservó

siempre, hasta sus últimos instantes; pues recordaba de manera admirable, no solo la síntesis, los conceptos, sino hasta los más pequeños detalles de las conversaciones que ante él se hubieren suscitado.

En Septiembre de 1835 ingresaba en el gran Seminario de Chieri y el 5 de Junio de 1841 fué ordenado de sacerdote; pero buscando no su propio encumbramiento, no lo que vulgarmente se llama hacer carrera, sino la gloria de Dios, término á donde deben únicamente enderezarse las aspiraciones de todo el que por llamamiento divino pone su pié en el Santuario, rehusó varios cargos que se le ofrecían; y siguiendo los prudentes consejos del abate Cafasso, quedóse en Turín á fin de perfeccionar sus estudios teológicos en el Instituto Sacro, fundado en 1808 por el teólogo Luis Guala, y dirigido á la sazón por el mencionado abate Cafasso, varón eminente, en quien por maravilloso modo se juntaban la virtud, que ennoblece la ciencia, y el saber que realza la virtud, y la prudencia y tacto que modera y regula los ímpetus del celo, haciéndole amable y fecundo.

Antes de pasar á reseñar las múltiples heroicidades de que desde este punto está llena la vida de este varón de Dios, nos parece conveniente dar lugar en este sitio á algunas reflexiones importantísimas entre las muchas á que se presta

este primer período de su existencia; y sean estas, la influencia de la madre en la educación y en el porvenir de sus hijos.

La madre es el alma de la familia; ella es la que forma las costumbres; de ella depende el bienestar no solo de la familia, sino aun el de la sociedad entera; en sus manos tiene el corazón de sus hijos y con su irresistible influjo, ella puede sin torturas ni violencias marcar á esos corazones los derroteros que deben seguir para labrar su felicidad y la de los que les rodeen, aquí en la tierra, ser útiles á sí mismos y á la sociedad y formar en la otra vida la más grande y brillante aureola de gloria á su madre, á quien todo se lo deben. Basta para esto que la madre sea eminentemente cristiana, que sus palabras y más aun sus ejemplos sean los que manifiesten continuamente á sus hijos estos caminos. ¡Oh si todas las madres conocieran esta importantísima misión que les ha sido confiada, y con celo y con caridad cristiana la llenaran! El mundo se salvaría pues las generaciones formadas en esa escuela divina, crecerían llenas de fe y de esperanza y nada más bastaría para que se derrocasen las absurdas teorías que forman nuestras desgracias y que en la falta de esas virtudes se engendraron.

Cualquiera que haya leído la vida de Margarita Bosco, no habré podido menos de admirar en

ella á la mujer grande de que nos habla el libro de los Proverbios. Margarita es toda corazón; solo vive para sus hijos que mira como sagrados depósitos del cielo; y por esto, á pesar del peso de la casa que se le vino encima con la muerte de su esposo y de la dificultad de los tiempos, no pierde ni un punto de vista á sus hijos y con infatigable cuidado y vigilancia se ocupa en su educación. Ella les enseña el catecismo; con ellos reza las oraciones de la mañana y de la noche; con ellos, después de bien instruidos, va con frecuencia á confesarse y comulgar y con ellos da después á Dios la acción de gracias. Dotada de gran firmeza, era inflexible ante el mal; y cierto día en que, llevando á sus hijos de la mano, se encontró con un miserable viejo cuya inmundada boca arrojaba sapos y culebras, abrazándoles con indecible amor y ternura y llena de santo celo exclamó: «Hijos míos, si yo supiere que algún día hubiérais de asemejaros á ese infeliz, no cesaría un instante de pedir á Dios que ántes os quitara la vida y os dejara muertos á mis pies.» Dignas y nobles palabras de una madre que estima en lo que se debe la inocencia de sus hijos y que haciendo mella en el corazón de éstos, no es de extrañar que más adelante Don Bosco, al solo nombre de ciertos pecados, se desmaye.

Educado Don Bosco en esta escuela, siente en sí los estímulos del cielo que dirigen sus pasos al Santuario; Margarita se extremece de gozo; mas ántes de partir para el Seminario, «hijo mío, le dice, cuando viniste al mundo te consagré á la Sma. Virgen; al empezar tus estudios te recomendé la devoción á María; ahora que partes para el Seminario te suplico seas todo suyo y cuando seas sacerdote, no ceses un punto de recomendar la devoción á María. Y, no lo olvides, yo nada quiero ni nada espero de tí; Dios sobre todo; lo que más te importa es la salvación de tu alma; y si siendo sacerdote llegaras á ser rico, tu madre no te haría ni aun siquiera una visita; yo he nacido pobre, vivo pobremente y pobre quiero morir.» ¿Para qué continuar? Esto basta para dar á conocer á esta heroica mujer que más adelante veremos asociada á su hijo en su noble empresa, siendo por muchos años su brazo derecho. Con madres de este temple cristiano, ya lo hemos dicho, la sociedad estaba salvada y de nuevo redimida. No faltan, es verdad, para consuelo nuestro, madres semejantes; mas ¡son relativamente tan pocas!

Pero ya es tiempo que reanudemos nuestra interrumpida tarea y satisfagamos la justificada ansiedad de nuestros lectores, de conocer al nuevo sacerdote en el ejercicio de su santo ministerio.

II

Oratorio de San Francisco de Sales

Cuando Dios Nuestro Señor quiere formar un héroe de la caridad, no necesita más que descubrir un poco el velo que le oculta á nuestros ojos, y basta un solo instante de contemplación de aquella infinita belleza para que el alma se encienda con aquel celo divino que devoraba las entrañas del Profeta y para que se viva muriendo con esa doble enfermedad de los santos, la nostalgia del cielo y la locura del amor. El fuego de la caridad y amor de Dios nunca extinto en el corazón de Don Bosco, se aumentaba y crecía por momentos, junto con el amor al prójimo que es uno de los más grandes y excelentes dones que la Divina Providencia puede conceder á los hombres. Estos dos grandes amores que encierran en sí toda la ley, no es de extrañar tomaran rápido y prodigioso incremento en el corazón del nuevo ministro del Altísimo ante el tristísimo espectáculo que en los primeros pasos de su sagrado ministerio se presenta ante sus ojos, sin duda alguna, con sapientísima disposición de la

Divina Providencia, para germinar en su alma aquella sublime idea inspirada en la más pura caridad, y que á muchos pareció necia é insigne locura.

No admitiendo, como ya dijimos, las colocaciones que á los pocos meses de su ordenación se le presentan y siguiendo el consejo de su director espiritual Don Cafasso, permanece en Turín para dedicarse al estudio de la moral práctica, consagrándose al mismo tiempo á llevar los consuelos de la Religión á los presos de la cárcel. La vista de tantos y tantos infelices jóvenes de 12 á 18 años que allí se encontraban detenidos expiando su precocidad en el crimen; el observar que su permanencia en esos lugares de expiación les endurecía más en el vicio y completaba su ya comenzada corrupción, razón por la que muchos de aquellos desventurados jóvenes no bien expiado un delito volvían de nuevo cargados con otros talvez más atroces; y el conocimiento, merced á sus indagaciones, de que la causa de tamaña desgracia no era otra que el abandono, la falta de educación y la viciada atmósfera en que esos infelices seres se habían desarrollado, su corazón se llenó de una indecible amargura y consumido por el celo que le devoraba, determinó en el fondo de su alma oponer un dique á la depravación siempre creciente y salvar esas almas redimidas con la sangre inmaculada del Cordero, que co-

rrían peligro de perderse, dejando el buen suceso de esta empresa en manos de la Divina Providencia sin cuyo auxilio son vanos los trabajos de los hombres.

Días hacía que Don Bosco no pensaba en otra cosa más que en la manera de llevar á cabo sus humanitarios proyectos, cuando la divina Providencia le deparó ocasión propicia para dar á ellos principio.

Celebrábase la fiesta de la Inmaculada Concepción en la iglesia de San Francisco de Asís de Turín, corría el año de 1841, y Don Bosco se disponía á celebrar el Santo Sacrificio. Comenzaba á revestirse, cuando llegaron á sus oídos voces descompuestas que turbaban el silencio del lugar sagrado. Era que el sacristán reprendía ásperamente, y aun golpeaba, á un jovenzuelo por el solo delito de haber entrado en la sacristía sin objeto, pues no sabía ayudar la santa Misa. La conducta del sacristán causó honda pena á Don Bosco, quien hizo llamar al rapaz, encargóle que oyera Misa, y mandóle volver después á la sacristía «porque, díjole, tengo un interesante negocio que tratar contigo.» El mancebo no faltó á la cita, y Don Bosco, con una benevolencia no humana sino divina, que recordaba la dulzura é incomparable suavidad de Cristo, afanóse por derramar bálsamo sobre la herida que en aquel tierno corazón había abierto la dureza del sacristán.

- ¿De donde eres?
- De Asti.
- ¿Tienes padres?
- No señor, han muerto.
- ¿Sabes leer y escribir?
- No señor, no sé nada.
- ¿Hiciste ya la primera comunión?
- Todavía no.
- ¿Asistes al catecismo?
- Me da vergüenza; pues otros niños más pequeños, tenía 16 años, saben más que yo.
- ¿Como te llamas?
- Bartolomé Garelli.
- Bien mi querido Garelli, ¿te gustaría comenzar ahora mismo á estudiar el catecismo?

Habiendo el joven afirmativamente respondido, Don Bosco, sin más preámbulos, comenzó una tarea que había de continuar hasta su muerte, y sin él pensarlo, mas con sabia disposición de la divina Providencia, echaba en ese día los cimientos de esa obra gigantesca y extendida por toda la haz de la tierra. Dios desde el cielo sumamente complacido miraría aquel hermoso cuadro que formaban, y los ángeles de guarda saltarían gozosos viendo que era llegada la hora de apartar á sus caros protegidos del mal sendero por el que, abandonados, caminaban.

Las grandes cosas ordinariamente nacen de humildes principios. Empezó Don Bosco por

organizar los Oratorios festivos; á Garelli se juntaron otros jóvenes, y á estos otros y otros, en tal manera que al poco tiempo reunía á su alrededor unos treientos muchachos: pues como en día de crudo invierno acuden en bandadas los inocentes pajarillos al lugar en que una próspera mano ha depositado algunas migajas que vivifican sus vidas, se agrupaban al rededor de Don Bosco una multitud de niños á quienes el mundo miraba con indiferencia. Cual otro Moisés, por espacio de cuatro años no tuvo albergue seguro andando errante con sus niños. Después de siete meses era despedido del *Ospitaletto*: el alcalde de Turín le arrojó de nuevo de una iglesia donde se había refugiado, bajo el especioso pretexto de que molestaba á los vecinos. Sin tener donde asilarse con sus treientos muchachos, Don Bosco se vió precisado á vivir con ellos como las aves del cielo. A las márgenes del Pó, en las vecinas campiñas, sobre la colina de la *Superga*, al pie del Monte de los Capuchinos, son otros tantos sitios en donde sus ambulantes escolares, como abejas en torno de su reina, se reunían para alternar las horas del Domingo entre el rezo y los cantos, entre la enseñanza y los juegos.

En este mismo tiempo y á pesar de su absoluta carencia de medios, dió también principio á las escuelas nocturnas que por su gran utilidad, muy en breve se abrieron en muchas otras partes.

Con este medio se logró que muchos jóvenes que por no poder abandonar su trabajo se hallaban imposibilitados de instruirse, adquirieran los más rudimentales y necesarios conocimientos de la vida; pues de noche se reunían en la habitación de Don Bosco y de su inseparable compañero y auxiliar poderoso el teólogo Borelli, y estos dos sacerdotes siempre prontos, siempre dispuestos á favorecerles, transformando sus piezas en escuelas, les enseñaban á leer, escribir y contar.

La caridad, sin embargo, de Don Bosco aun no estaba satisfecha y su celo no le permitía estarse quieto los días de trabajo, antes bien desplegaba en ellos una vigilancia suma sobre sus protegidos. Recorría los talleres, fábricas y lugares donde trabajaban, seguía solícito los pasos de cada uno y sus movimientos, y aprovechaba, con esa destreza que solo da la caridad, cuanto veía ú oía para alejar de peligros á unos, enseñar á otros y á todos hacerlos mejores. Si alguno quedaba desocupado, él mismo le procuraba colocación, no descansando hasta que conseguía ponerle al lado de un maestro hábil y sobre todo cristiano. Y los maestros, que ya empezaban á experimentar prácticamente los frutos de su obra, se tenían por dichosos en tener un aprendiz ú oficial perteneciente á Don Bosco, pues siempre se distinguían por su sumisión y obediencia, por su trabajo y laboriosidad.

Tantas fatigas y solicitud tanta por sus niños, no podían ser indiferentes á estos. Eran amados y amaban; así que en los días festivos rodeaban con fruición á su buen Padre, y cuando al llegar la noche debían de él separarse, cada uno le daba cien veces las buenas noches, y no tenían fuerza para dejarlo, hasta que el mismo Don Bosco los despedía, y así los obligaba á marcharse.

No es posible recordar sin emoción los mil y mil episodios de la vida de Don Bosco, en que de uno ú otro modo se patentizó la tierna adhesión de los discípulos al Maestro. Rendido al peso de la fatiga y trabajado por disgustos incesantes, el venerable Sacerdote cayó enfermo, y el mal hizo tan rápidos progresos y tomó proporciones tan alarmantes, que los médicos declararon imposible su curación, por lo cual se administraron al paciente los últimos Sacramentos, esperándose su muerte como un suceso triste, pero inevitable, de un momento á otro. ¿Qué hacían en estas horas de angustia suprema los alumnos de Don Bosco? Iban y venían á la casa donde éste se encontraba; agrupábanse á sus puertas, informándose con solícito interés de la marcha del mal, y frecuentemente ponían en juego ingeniosas estrategias para lograr el consuelo de verle. Ni á esto solo se limitaron. Cuando se convencieron de que la ciencia había agotado sus recursos y que no había remedio en lo humano, volvieron

sus ojos al cielo, y para que les fuera propicio, unieron á sus preces tales votos y se propusieron tamaños sacrificios que después Don Bosco necesitó interponer su autoridad para conmutarlos y suavizarlos.

Mas para que la balanza de la divina misericordia se inclinase á su favor, faltaba solamente que se agregase la oración de Don Bosco que acosado por los ruegos de sus niños y de los que le rodeaban, *Señor*, dijo, *si vuestra voluntad es esta, sea; non recuso laborem.* Y en efecto, después de un plácido sueño, entraba en la convalecencia.

Después de lo expuesto, inútil es que digamos cual fué la alegría y entusiasmo de los niños por la salud de su padre, que al siguiente domingo visitaba el oratorio festivo entre los aplausos y aclamaciones y muestras de alegría de sus niños que ya ascendían á 700.

Mas, preguntará alguno admirado, ¿qué mágico encanto ejercía Don Bosco sobre esos tiernos corazones, ó qué alicientes y atractivos les ofrecía para que así corrieran tras sus pasos y tan estrechamente á él se ligaran? Pues en verdad causa asombro ver que en tan poco tiempo haya podido reunir tan gran número, y que niños por lo general vagabundos voluntariamente se sugeten á la obediencia, ellos que siempre han vivido á sus anchas sin freno que contraríe sus antojos y caprichos. Si sobre esto se preguntaba á Don

Bosco, con sencillez respondía que los juegos y diversiones que les ofrecía eran el aliciente y atractivo que les cautivaban y reunían á su alrededor. Si atendemos á la distribución que se seguía, nos parecerá así en verdad. Mas si interrogamos á esos niños, de los que alguno vive aún y trabaja en esta Casa de Turín, otra será la respuesta. Don Bosco y no los juegos era la causa que tan maravilloso efecto producía. La dulzura, la amabilidad y ternura que le hemos visto desplegar en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís con su primer protegido, fueron siempre su norma constante en el trato con los niños. Los acariciaba, como madre solícita y cariñosa les rodeaba de toda suerte de atenciones y su caridad no tenía límites; y por otra parte, era tal el irresistible atractivo de su rostro en el que reflejaba la belleza divina de su alma hermoseedada con la gracia siempre conservada y acrecentada con su candor primitivo, que los niños, como magnetizados, no podían sin gran esfuerzo apartarse de su lado. Lo que á continuación decimos, nos dará una prueba palpable de esta verdad.

Por consejo facultativo Don Bosco debió retirarse al lado de su madre en Becchi, á fin de recuperar sus perdidas fuerzas. Celosos sacerdotes á cuyo frente estaba el teólogo Borelli, se encargaron de la dirección del Oratorio que continuó

con el mismo orden durante la ausencia de Don Bosco. Los niños, sin embargo, en medio de sus juegos no podían olvidar á su padre, con cuya ausencia parecía faltar el alma y la vida al Oratorio. Comenzaron, pues, á importunarle primeramente con cartas; al poco tiempo con continuas visitas á pesar de la larga distancia de Turín á que se encontraba, de 25 á 30 km.; y por último, aguijoneados un poco por el temor que abrigaban de que Don Bosco se quedase en su casa para cuidar del Oratorio que allí se había formado, le dirigieron estas enérgicas al par que significativas palabras: «*O vuelve V. pronto á Turín ó nosotros nos trasladamos á Becchi con todo el Oratorio.*» No era menor el deseo de Don Bosco en volver; mas el Oratorio, ya en casa propia, debía desde este punto tomar un nuevo incremento y se necesitaban ayudantes. ¿Dónde encontrarlos?

Hay en la vida del hombre una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor, y mucho del ángel por la incansable solicitud de sus cuidados; una mujer, que siendo jóven tiene la reflexión de una anciana, y en la vejez trabaja con el ardor de la juventud; una mujer que siendo ignorante descubre los secretos de la vida con más acierto que un sabio, y siendo instruida, goza con el candor de los niños; una mujer que siendo pobre, se satisface con la felicidad de los que ama, y siendo rica, daría con gusto todos los

tesoros por no sufrir la herida de la ingratitud en su corazón; una mujer que siendo vigorosa se estremece con el vagido de un niño, y siendo débil se reviste á veces con la braveza del león; una mujer que mientras vive no la sabemos estimar, porque á su lado todas las miserias se olvidan, pero que después de muerta, daríamos todo lo que somos y todo cuanto tenemos por mirarla de nuevo un solo instante, por recibir de ella un solo abrazo, por oír un solo acento de sus labios. Esa mujer es la *Madre*.

Margarita Bosco, de quien ya hemos hablado, llena del espíritu de Dios, no bien oye de los labios de su hijo el apuro en que se encuentra, rompiendo, no sin dolor, las más caras afecciones que á su casita la ligan, se ofrece á ser el auxiliar de su hijo en la empresa que ha emprendido de la salud de las almas, siendo la primera que dió ejemplo y animó á todas las que después la siguieron; que enarboló sobre aquel suelo la bandera de la caridad en favor de los niños pobres y abandonados, que con justicia la llamaron madre y con dolor indecible lloraron su muerte acaecida en 1856. La vida de esta mujer incomparable se ha ya escrito y traducido al castellano, y merece leerse por todos y especialmente por las madres, que en ella encontrarán encerrados grandes tesoros de virtud práctica en su estado y de que podrán aprovecharse para dirigir

como Dios manda y dar satisfactoria cima á la difícil misión de la educación de los hijos.

Don Bosco llega á Turín y á pesar de la absoluta carencia de medios materiales y de su estrechez y pobreza, se da con todas sus fuerzas á desarrollar y desenvolver más su obra en bien de los pobres niños abandonados, y en 1847 recoge el primer niño asilado, al que, en esta misma casa, se habían de unir, con la sucesión de los tiempos, miles y miles de ellos. Siendo ya insuficiente este primer Oratorio para contener á tantos niños como á él acuden, abrió otros dos en la misma Turín, que bien pronto se vieron llenos. Surgen miles de dificultades y como toda obra buena, se vió probada en el crisol de la persecución ya de parte de algunos miembros del municipio, como por parte de los protestantes, que, obtenida del Rey Carlos Alberto su emancipación, como caballos briosos, roto todo freno, desfogaron sus mal reprimidas iras, atropellando cuanto intentaba oponérseles en sus inicuos designios: más Don Bosco, con aquella extraordinaria confianza, que le distingue, en la divina Providencia, ¡adelante! repite, y su Obra salva toda dificultad y cada día adquiere nuevo incremento. Y conociendo que para ejecutar sus vastos planes necesita rodearse de fieles auxiliares imbuidos en su espíritu, escoge entre sus niños á los más dispuestos y con vocación al sacerdocio, y con increíbles sa-

crificios los educa por sí mismo, teniendo el consuelo de investir el hábito clerical á cuatro de sus alumnos, en 1852.

Bien pronto encontrando estrechos los límites de Turín, el Oratorio se extiende por otras ciudades de Italia, y no siendo ésta capaz de contenerle, pasa los Alpes y surca el vasto Océano y se establece en Francia y en América en 1875; en 1880 en España y siempre más y más creciendo, al presente llena todos los ámbitos del mundo.

Para formarse una idea de lo que es en la actualidad el Oratorio de San Francisco de Sales, raiz y origen y centro de todas las Casas Salesianas, preciso es imaginarse una pequeña ciudad construida por partes, que va ensanchando sus límites á medida que aumentan sus habitantes. Ocupa el centro la grandiosa iglesia de María Auxiliadora, de que más adelante hablaremos, teniendo á uno y otro lado grandes y capaces fabricados. En los talleres no hay lujo ni por sombra; pero sí mucho orden y diligencia. El vapor hace funcionar las máquinas de las diversas oficinas: diez para imprenta, cuatro para fundición de tipos y una para la panadería. Hay además litografía, calcografía, taller de escultura, sastretería, zapatería, encuadernación, surtida de instrumentos y máquinas de última invención, como igualmente la carpintería y cerrajería. En estos talleres se amaestran en los diversos oficios

de 300 á 400 jóvenes de 14 á 20 años, no solo de casi todas las provincias de Italia, sino también de la Suiza, Austria, Bélgica y de otras partes. En el Colegio de 2^a. enseñanza, más de 500 jóvenes hacen sus estudios superiores, preparándose en su casi totalidad para ingresar, al concluirlos, unos en los noviciados no solo de la Congregación Salesiana, sino también de otras órdenes, y otros en los seminarios. Más de 12,000 sacerdotes ha dado ya Don Bosco á la Iglesia y difícil es encontrar una sola parroquia del Piamonte, donde no haya al menos un sacerdote educado por Don Bosco. Pasan de 1000 los habitantes de esta pequeña ciudad infantil llena de vida y alegría; para conservar la cual, fuera de la tranquilidad de la conciencia, que es condición indispensable, y de la banda de música que en los días más solemnes da agradables conciertos en una de las extensas plazas del edificio, pues así podemos llamar á los cinco grandes patios donde se recrean los niños, el 27 del próximo pasado Enero, se inauguró solemnemente el nuevo y grandioso teatro, capaz de 4,000 personas, levantado según los modernos modelos de este género. En este hermoso teatro se reúne esta numerosa familia los domingos y fiestas del año, excepción hecha del santo tiempo de cuaresma, para pasar unas cuantas horas alegres y santamente, pues la alegría no está en manera alguna reñida con la santidad.

Contiguo, aunque independiente, se halla el Oratorio festivo de San Francisco de Sales, al que acuden de 700 á 800 niños externos. Tiene su banda á parte, patios á propósito y un pequeño teatro. La iglesia en que celebran sus funciones, es la de San Francisco de Sales, primera que edificó Don Bosco. Este Oratorio nos trae siempre á la memoria los tiempos aquellos en que Don Bosco echaba los primeros fundamentos de su obra. Los niños, ahora como entonces, oyen por la mañana su misa, acercándose gran número de ellos á los Santos Sacramentos, vida de estos oratorios, asisten por la tarde á la explicación del catecismo que por espacio de media hora y en secciones separadas se les hace y después se dirigen á la capilla donde en forma amena se les predica la divina palabra, terminándose con la bendición con S. D. M.: el resto del día lo ocupan en los juegos. Es incalculable el bien que en estos Oratorios se hace á la juventud, pues á más de tenerla alejada de los peligros que se encuentran por las calles, se consigue con la constancia, amor y trabajo reformar poco á poco sus costumbres é inducirles á frecuentar los Santos Sacramentos, fuentes de toda gracia y santidad. Son tantos los resultados de los Oratorios que se hallan extendidos por toda Italia y por otras muchas naciones. Sabemos, y esto nos llena de satisfacción, que varias son ya las ciudades de

nuestra amada España que los poseen; más esto no basta: es necesario que no solo en cada capital, en cada pueblo, en cada aldea se establezcan, sino en cada parroquia. Si así se hiciera, bien pronto se quitarían de las calles á tantos infelices niños como por ellas vagan aprendiendo malas costumbres y adquiriendo malos hábitos, y especialmente en los días festivos en los que careciendo de distracciones inocentes y agradables, se entregan á diversiones peligrosas y muchas veces reprobables. *El que quiera regenerar un pueblo ó una ciudad, decía Don Bosco, no encontrará medio más poderoso que un buen Oratorio festivo.* En otros tiempos en que la moralidad era más arraigada en la familia, en que los padres, más instruidos que ahora en sus deberes religiosos, enseñaban por sí mismos el catecismo á sus hijos y más cuidados se tomaban por su educación cristiana, no eran ciertamente tan necesarios los Oratorios festivos; más ahora que en la mayor parte de las escuelas no se enseña el catecismo, que á los niños no se les lleva á la iglesia y que muchas veces se les abandona á sí mismos, no solo son de necesidad en cierto modo absoluta, sino que para la mayor parte el Oratorio festivo es la única esperanza de salud.

III**Congregación Salesiana**

No cabe la menor duda que la obra emprendida por Don Bosco para la regeneración de la sociedad, es una obra grande y de prácticos resultados. Así lo juzgaban y sentían las personas de todas clases y condiciones, á cuya vista se desarrollaba y tomaba nuevo incremento el Oratorio de San Francisco de Sales, extendiendo su esfera de acción á diversas partes de la península itálica. Las bellas esperanzas que sobre ella todos se habían formado y los ópimos frutos que de ella esperaban recogerían las futuras sociedades, dieron ánimo á distinguidas personas para proponer á Don Bosco cimentara bien su obra para que le sobreviviese y no bajase con él al sepulcro, perdiendo así la sociedad el remedio á sus males, que todos veían contenerse en la nueva obra naciente que tantos trabajos y sudores había costado y que por lo mismo, y por su alteza de miras, tenía derecho á la perpetuidad. Difícil, sin embargo, se le presentaba á Don Bosco la resolución de este importantísimo problema que de tiempos atrás le preocupaba. Por una parte, todos aque-

llos dignos y sabios sacerdotes que desde el principio á él se unieron y no se creyeron rebajar enseñando el catecismo á aquellos míseros niños, no pensaban continuar la obra del Oratorio después de la muerte de Don Bosco, pues juzgaban imposible llevar adelante una obra que, falta de todo humano recurso, no podía sostenerse mucho tiempo, quitándole su principal fundamento; y por otra, los tiempos que corrían no eran los más favorables para fundar una nueva congregación religiosa, única manera segura de la resolución del problema, pues los gobiernos europeos se rodeaban de una atmósfera enteramente hostil y contraria á esas asombrosas producciones de la Iglesia católica que en las grandes crisis de la historia salvaron á la sociedad y al mundo de horribles y espantosas hecatombes. No hacía aun cuatro años que los religiosos habían sido proscritos de la Italia. ¿Qué hacer, pues? La anhelada solución que Don Bosco no acertaba á encontrar á este problema, se la dió la divina Providencia por medio de quien menos podía esperarse.

El comendador Urbano Ratazzi, amigo íntimo de Cavour y heredero de su audacia, á la vez que de su perfidia, ha sido uno de los políticos de Italia que más eficazmente han contribuido á la expoliación del Papa y á la constitución de la unidad italiana. Esto no obstante, desde el año

1854 en que le conoció, amaba á Don Bosco y se resolvió á ser su protector, utilizando en provecho de su obra la influencia que en las altas regiones del Estado tuviera; pues decía que el Gobierno está obligado á proteger tales instituciones, que eficazmente cooperan al bien del erario, aliviando en sus cuidados á la policía, evitando nuevos gérmenes de desorden y miseria y aumentando el número de brazos útiles á la prosperidad nacional. Y cada vez que subía al Ministerio se dignaba hacer saber á Don Bosco que, durante el tiempo de su cargo, nada debía temer. Este fué, pues, el instrumento de que se sirvió la divina Providencia para impeler á Don Bosco y resolverlo á fundar un instituto religioso que había de suplir á muchos ótros que habían desaparecido á los golpes de la revolución.

No podemos resistir al deseo de narrar aquí este hecho tan singular, por parecernos importante en las actuales circunstancias para que nuestros lectores se formen una idea más clara de la nueva Congregación que tratamos de bosquejar.

Un día del año 1857 en que Don Bosco hablaba del Oratorio con Ratazzi, este le dijo:

— Mucho me alegraré, Sr. Don Bosco, que U. viva muchos años para bien de tantos niños que demandan sus socorros; mas U. no es inmortal y morirá, por consiguiente, como todos: ¿qué será pues, de su obra el día que U. llegue á faltar?

Necesario es que pensando seriamente en ello asegure su existencia sobre bases sólidas.

— Es verdad, Señor, le respondió Don Bosco entre serio y festivo, que, aun cuando no pienso morir tan pronto, me he podido rodear de algunos auxiliares, que si bien me prestan al presente excelentes servicios, no piensan, sin embargo, continuar la obra del Oratorio después de mi muerte. Y puesto que V. S. me habla sobre este asunto, que ya me preocupa, desearía se dignara decirme de qué medio, en su concepto, podría servirme para asegurar la vida de esta institución.

— Según mi opinión, debería U., con algunos seglares y sacerdotes de su confianza, formar una sociedad que animada de su mismo espíritu y siguiendo su propio sistema, le sirva ahora de ayuda y mas tarde de continuadora de su obra.

Una ligera sonrisa asomó entonces á los labios de Don Bosco. A nadie se le ocultaba que el ministro Ratazzi, secundado por sus colegas, había en 1854 presentado y conseguido se aprobara un decreto de ley suprimiendo las órdenes religiosas.

— Pero ¿cree V. S., le dijo Don Bosco, sea posible crear una nueva Congregación Religiosa en estos tiempos en que el Gobierno ha suprimido varias y talvez se prepara para hacer lo mismo con las restantes?

— Conozco dicha ley y su objeto, y en manera alguna le impide crear una sociedad en armonía con las exigencias de la época y conforme á la legislación vigente; una sociedad que no tenga la índole de *mano muerta*; una sociedad en la que cada uno de sus miembros conserve sus derechos civiles, se sujete á las leyes del Estado, pague las contribuciones que le correspondan, etc. etc. En una palabra, esa nueva sociedad no sería ante el Gobierno más que una asociación de ciudadanos que gozan de entera libertad para unirse con un fin benéfico.

— ¿Puede V. S. asegurarme que el Gobierno permitiría la sociedad que me propone?

— Ningún Gobierno Constitucional y bien organizado puede impedir la creación y desarrollo de tal sociedad, como no impide, sino que antes bien protege, las sociedades de comercio, industria, cambio, socorros mutuos y demás de este género. Es permitida toda asociación de ciudadanos siempre que su fin y actos no sean contrarios á las leyes del Estado.

— Está bien, pensaré en ello; y ya que V. S. con tanta benevolencia me favorece á mí y á mis niños, llegado el caso, vendré á recibir sus sabias indicaciones.

Las palabras de Ratazzi, considerado entonces como un oráculo en materias políticas, dejaron comprender á Don Bosco ser muy posible lo que

antes había considerado como una temeridad y quimera. Dióse, pues, con toda su alma á meditar el plan de la nueva sociedad que si bien civil ante el Gobierno, había de ser ante Dios y la Iglesia un instituto religioso cuyos miembros debían ser, por lo tanto, ciudadanos y religiosos, como en un Estado los católicos son súbditos del rey y de la Iglesia. Ensayos repetidos, constantes estudios y meditaciones, oración, mucha oración, todo esto se empleó antes de dar á luz el plan del nuevo Instituto religioso, que debía aumentar el largo catálogo de los que del seno fecundo de la Iglesia han salido en la serie de las edades. Al fin las Reglas y Constituciones de la Congregación Salesiana aparecieron con el sello de lo bueno y de lo santo, esto es, probadas en el crisol se la experiencia, que acreditó sus excelentes resultados; y el 3 de Abril de 1874 fueron definitivamente sancionadas y aprobadas por el inmortal Pío IX.

Todo lo tuvo presente Don Bosco al establecer la esfera de acción de la nueva Sociedad Religiosa y nada se escapó á su ojo previsor y para todo puso oportunísimo remedio, ya que su objeto es toda obra de caridad en bien de la juventud especialmente pobre y abandonada. Y así la vemos al estenderse por el mundo, acomodarse á las más urgentes necesidades de cada localidad, y establecer colegios para educar á los niños pobres

y abandonados, abrir Oratorios festivos ó Recreos dominicales, Escuelas diurnas y nocturnas, Hospicios, Granjas Agrícolas y Escuelas de Artes y Oficios, para proporcionar á cada cual, según su clase, la conveniente instrucción y los medios para que honesta y honradamente pueda ganarse la vida: Seminarios para la formación de Obreros Apostólicos que lleven la luz del Evangelio á las bárbaras naciones que aun permanecen sumidas en las sombras del error y de la muerte; y como si todo esto no bastara, el Sacerdote Salesiano debe, por medio de la prensa y la predicación continua, oponer un dique á la maldad y á la herejía que intentan seducir á los rústicos é ignorantes y anegarnos en un mar de desgracias y desdichas.

¿Quién es, pues, el Salesiano?

Oigamos la acabada pintura que de él hace el Ilmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre actual Obispo de Málaga:

« El Salesiano no es el Jesuita, soldado, por así decirlo, del escuadrón sagrado, ó sea, de la milicia escogida que la Iglesia destaca contra sus enemigos más fieros, y principalmente contra este mundo moderno, tan lleno de soberbia, tan engreído de su ciencia y de su valer: no es el Capuchino, el fraile más popular entre todos los frailes, con sus austeridades y rigores, con su menosprecio de los bienes terrenales, y esa absoluta

desnudez interior y exterior, que pone espanto: no es el hijo de Benito, que mora en las soledades y pasa la vida entre el estudio, el canto de las divinas alabanzas y el cultivo de la tierra; no es el discípulo de José de Calasanz, bienhechor en alto grado, benemérito de la Iglesia y de la sociedad, pero consagrado á una sola tarea; no es... nada de eso.

« El Salesiano es el hombre de la abnegación y de la humildad, que vive muerto sin pensar que lo está, que hace el bien creyendo que no se hace nada, que se sacrifica sin acordarse de ello y aún casi ignorándolo, y que venido á la hora postrera, se estima el último entre los servidores de la Iglesia. Va allí donde le mandan; toma las cosas y las acepta como se las dan, y fabrica su nido lo mismo entre las floridas ramas de árbol frondoso, que en la piedra más saliente de tosca y desnuda roca. Sus características virtudes son no quejarse nunca, aunque todo se le torne contrario, y no desmayar jamás, esperando siempre en la Providencia.

« Tiene el Salesiano algo de la energía, de la actividad, de la extensión y alteza de miras y de la incontrastable firmeza del Jesuita; tiene algo de la popularidad del Capuchino; tiene algo del recogimiento y de los hábitos de trabajo del monje; tiene algo en fin de todos los Institutos religiosos conocidos, siendo no obstante un tipo nuevo.»

IV

Hijas de María Auxiliadora

Ya tiene Don Bosco una Congregación fundada por él, inspirada por él, sin más objeto que realizar su objetivo de siempre, única idea, absolutamente la única que dominaba al gran sacerdote de Turín. Su alma grande no podía consentir que solo la juventud masculina, que solo los varones obtuviesen los beneficios de la redención; pues si peligros había para los niños, mayores eran, y de calidad más íntima, los que rodeaban á las mujeres. Comprende que hay necesidad de constituir otra asociación y halla auxiliar poderoso en una humilde aldeana de Mornese, diócesis de Acqui. María Mazzarello, santa vírgen que con sus virtudes poco comunes había desde sus más tiernos años edificado á sus convecinos, agregada á la piadosa Congregación de la Inmaculada, comenzó su apostolado recogiendo en su casa y educando en los ratos que las ocupaciones domésticas la dejaban libre, á las niñas pobres y abandonadas.

El 5 de Agosto de 1872, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, 15 animosas jóvenes recibían de manos del Sr. Obispo de Acqui el hábito re-

ligioso y María Mazzarello, en unión de varias de sus compañeras, en la presencia de Jesús Sacramentado y ante su Ilma. y Don Bosco pronunciaba con indecible alegría sus votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia.

Bajo la dirección de esta angelical criatura, nombrada por Don Bosco primera superiora general, la nueva Congregación tomó un vuelo sorprendente y se propagó maravillosamente, fundándose en poco tiempo casas, asilos, escuelas, orfanatos, hospitales, especialmente en las misiones, oratorios festivos, etc., en varias villas y ciudades de Liguria, de Sicilia, de Francia, de España y de otras muchas partes.

Las Hijas de María Auxiliadora, que así se llamó ya este nuevo Instituto desde sus comienzos, no solo emularon la laboriosidad de sus hermanos los Salesianos, trabajando día y noche, y sin darse un punto de reposo, en la educación de la niñez desvalida, sino rivalizaron con ellos su heroísmo; y ya en 1877 partían para la América meridional 30 animosas religiosas á las que siguieron y siguen nuevas expediciones, para ayudar á los misioneros en sus apostólicas tareas. « Id, decía un piadoso sacerdote á las expedicionarias en el momento de abandonar la patria y de lanzarse al mar; id, que los Angeles de América os esperan para que cuideis de tantas almas confiadas á su custodia, y coopereis con ellos á

salvarlas y á hacerlas eternamente dichosas.» Fieles á este encargo, las Hijas de María Auxiliadora hicieron y siguen haciendo prodigios de abnegación, de caridad y de celo en el Uruguay, Buenos Aires, Patagonia; Brasil, Chile, Perú y Méjico, en Asia y Africa, no perdonando sacrificio ni esfuerzo y prodigando hasta su vida.

Las Hijas de María Auxiliadora ejercitan con las niñas las mismas obras de caridad que los Salesianos con los niños.

Con la fundación de estas dos nuevas Congregaciones, Don Bosco proporcionó á la actual sociedad que languidece y se deshace por falta de fe y de esperanza en una vida mejor, el remedio á sus males. Así lo han comprendido todos los hombres de buena voluntad que lamentan con toda su alma los presentes males y de aquí la importante y continua protección que las dispensan para que libremente puedan desarrollarse y aplicar el remedio á nuestras llagas con educar á la juventud, para prepararnos nuevas y cristianas generaciones.





Obra de Maria Auxiliadora, para fomentar las
vocaciones al Estado Eclesiástico

Con todo y lo que ya hemos dicho, nos falta aún mucho por ver, ya que todavía no se ha agotado la admirable fecundidad de Don Bosco, ó mejor dicho, de la divina Providencia que por su medio operaba, en proporcionarnos eficaces remedios para nuestros actuales padecimientos.

Cuenta la Sagrada Escritura que un padre de familia había preparado un banquete, al que invitó á muchos de sus amigos. Llegada la hora y como estos no se presentaron, envió á uno de sus criados para que les avisase; mas ellos se excusaron diciendo que urgentes ocupaciones les impedían su asistencia. Irritado el Señor con este proceder de sus amigos, dijo á su siervo: *Vé por las calles y plazas de la ciudad é invita á todos los pobres, enfermos, cojos y ciegos que encontrares.* Mas como su número no fuera suficiente para llenar los puestos de antemano preparados, *vé, le dice de nuevo, fuera de la ciudad, por los caminos y veredas é induce á todos los que encontrares á participar de mi cena, pues que es necesario que se llene mi casa.* Es indudable que Don Bosco es el sier-

vo enviado en estos últimos tiempos por el padre de familia para que llene su casa; y no bastando con los innumerables infelices recogidos por las calles y plazas de las ciudades, salió por los caminos extraviados para invitar á los que encontrase: es decir; conociendo Don Bosco no ser todavía bastantes para regenerar la sociedad presente y volverla á Dios, los colegios, asilos, talleres, etc., que sus congregaciones abrieron por todas partes, ideó una nueva obra que completara las ya existentes y que respondiera á otra grave necesidad presente: la escasez de vocaciones al estado sacerdotal.

Y en verdad; pocas veces ha sido tan necesario como en los tiempos que corremos, tener presente y repetir con frecuencia la oración que N. S. Jesucristo tanto recomendó á sus discípulos: *Rogad al Señor de la mies que mande á élla operarios.* El mal espíritu de la época, las máximas irreligiosas, la corrupción de las costumbres y la educación anticristiana que se da á la juventud, son, á no dudarlo, poderosas causas que directamente influyen en las muchas bajas que va experimentando el ejército de Ministros del Señor. Que este sea un mal gravísimo, nadie hay que lo ponga en duda; pues si en todos los tiempos la misión del sacerdote ha sido de reconocida importancia social, hoy es más necesaria que nunca, por efecto de la compresión y desorden que

por todas partes se advierten. De aquí que el Papa, los obispos, los sacerdotes y cuantos buenos cristianos sienten en su corazón el fuego del apostolado, se lamenten y eleven hasta el cielo tristes suspiros demandando aumento de operarios apostólicos en la viña del Señor; ya que *la mies es mucha y muy pocos los obreros*, sucediendo con muchísima frecuencia lo que dice la Escritura: *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis*; los hijos del Señor demandan con viva instancia el rocío de la gracia del que se ven privados por falta de pastores, apóstoles y doctores que puedan proporcionárselo, siendo de aquí grande la ruina de tantas infelices víctimas de sus pasiones, como desgraciadamente vemos cada día pasarse á las filas enemigas y caminar miserablemente á su perdición.

Don Bosco que amaba demasiado á la Iglesia, y se interesaba harto por las almas para permanecer impasible ante un mal de tan incalculable trascendencia, después de maduro examen, decidióse, movido del deseo de remediar aquel gran daño, á establecer la que llamó OBRA DE MARÍA AUXILIADORA, *para fomentar las vocaciones al Estado Eclesiástico*, no sin consultarlo ántes con S. S. Pío IX, sin cuyo consejo y normas nada emprendía y que en esta como en las anteriores ocasiones calurosamente elogió y aprobó la nueva obra y en 9 de Mayo de 1876 otorgó especiales fa-

vores, gracias é indulgencias á los que tomaron parte en élla.

Don Bosco, desde el principio de su apostolado, se dió con ahinco á cultivar la vocación al sacerdocio en aquellos de sus niños en los que descubría algún indicio de ella; mas los resultados ordinariamente no correspondían á sus ímprobos tareas.

« La experiencia nos enseña, decía, que de diez niños que comienzan los estudios con ánimo de alistarse en la milicia de Jesucristo apenas, si uno ó dos llegan al sacerdocio; mientras que de igual número de jóvenes que vienen con el mismo propósito, siendo más madura su vocación, perseveran ocho. »

Esta es la razón porque Don Bosco quiso fundar esta obra para alentar, afirmar y ayudar en su vocación á los jóvenes que deseen consagrarse á Dios en el estado religioso ó eclesiástico; y para esto exclusivamente destinó algunas de sus casas, estableciendo en ellas los cursos de humanidades, concluidos los cuales, pasan los jóvenes á los seminarios de sus respectivas diócesis para cursar la filosofía y teología, ó á los noviciados de la Orden ó Congregación religiosa á que se sientan llamados. Mas como careciese de medios materiales para el sostenimiento y progreso de esta obra, hizo un llamamiento á la caridad de los fieles, invitándoles á prestarles

sus socorros, en calidad de *Oferentes, Corresponsales ó Bienhechores*, los cuales con sus limosnas, consejos y auxilios á los jóvenes pobres, contribuyen á la obra más grande, cual es, la de la formación de un sacerdote, á más de participar de las innumerables indulgencias de que S. S. la enriqueció. Que ella corresponda á los propósitos y esperanzas concebidas por Don Bosco, no tardó mucho él mismo en experimentarlo; pues, obtenida la bendición y aprobación de los obispos y del Supremo Jerarca de la Iglesia, dió comienzo á la Obra recogiendo en el Colegio de San Vicente de Paul de Sampierdarena (Génova) á algunos jóvenes animados del deseo de consagrarse á Dios en el estado eclesiástico. Dios bendijo sus esfuerzos y al poco tiempo vestían el hábito clerical treinta y seis de aquellos jóvenes, veinte de los cuales volvieron á sus respectivas diócesis, algunos abrazaron el estado religioso y los restantes, en varios institutos, se consagraron á las misiones extranjeras. Estos eran los primeros frutos que Don Bosco recogía; los que sucesivamente se han venido recogiendo hasta el presente, ya lo hemos dicho en otra parte; más de 12.000 sacerdotes, son á no dudarlo, un dato elocuente de la importancia de esta Obra, sin cuyo auxilio el 75 por ciento, si no más, de dichas vocaciones, hubiera seguramente fracasado por falta de adecuado ambiente donde desarrollarse. Y esta apre-

ciación nuestra que tal vez parezca á alguno exagerada, no lo será ciertamente para los que de cerca conocen el terreno sobre que desarrollan sus energías los hijos de Don Bosco.

Grande obra harán, por consiguiente, todas las personas amantes de su religión y especialmente los párrocos, en encaminar tantas vocaciones que si no se las atiende en un principio, mueren apenas nacidas. ¿Cuántos pobrecitos jóvenes dotados muchos de ellos de claro entendimiento se encuentran por nuestros pueblos y aldeas que careciendo de recursos y de una alma generosa que les costee los estudios ó les abra de ellos el camino, mueren en la oscuridad sin haber podido contribuir con sus naturales dotes al bien moral de la sociedad al que se hubieran dedicado si se les hubiere protegido? Si Don Bosco no hubiera encontrado en su camino á aquel celoso sacerdote que le enseñó los rudimentos del latín y le dió el primer impulso que él continuó con energía luchando con las dificultades que en sus primeros pasos se le oponían, ¿habría llegado á ser lo que ha sido?

Mucho más pudiéramos decir sobre este importantísimo asunto, mas hacemos punto ya por no alargar demasiado este escrito, como porque con facilidad podrán adquirir más datos las personas que lo desearan, dirigiéndose á cualquier casa salesiana, especialmente á la de Sarriá (Barcelona).

VI

Las Misiones Salesianas

Don Bosco, que impulsado por el fuego de la caridad que abrazaba sus entrañas, arrostró toda suerte de privaciones y trabajos para salvar á tantos niños como veía crecer por las calles y plazas sin rastro de religión ni de moral, no crean nuestros lectores se diera por satisfecho con lo que, en bien de esos mismos niños y de la sociedad entera, anteriormente hemos narrado. El verdadero amor nunca dice basta y todo le parece poco en bien de la persona amada. Don Bosco amaba verdaderamente á Dios y en Dios amaba á todos los hombres, sus hermanos, sin exclusión ni restricción alguna. El pensamiento, pues, de que tantos hermanos nuestros redimidos, como nosotros, con la sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo, viven ignorantes de Dios y de su alma; de penas y de méritos; de Redención y de vida futura; privados de la prosperidad que el hombre alcanza por medio de una vida inteligente, honesta y laboriosa; y en una palabra, faltos de fe, de esa fe divina, luz fulgurísimas, que tiene el poder de romper las impenetrables sombras del misterio, que más rápida y

de un alcance y potencia infinitamente mayores que los rayos de mil soles, atraviesa los abismos eternos, los espacios infinitos, para hacer visible hasta del más humilde pordiosero y del más ignorante habitador de las montañas los arcanos de la sabiduría, ciencia y bondad de Dios; que es el testimonio, la manifestación más grandiosa de reconocimiento, de adoración y de amor que puede ofrecer la criatura á su Criador, el hombre á Dios; que es la fórmula bendita que atrae sobre la frente del mortal los torrentes de la divina gracia, ese rocío celestial, esa brisa de la gloria que da la vida á los espíritus, amor á los corazones, acentos arrobadores á la música, inspiración grandiosa al poeta, creadora fantasía al artista, elocuencia al orador, abnegación y sublime constancia al mártir, al guerrero y al apóstol; y que es, en fin, en la aflicción consuelo, esperanza en la desesperación, sonrisa en el llanto, en el dolor lenitivo, en la batalla firmeza, caridad en la miseria, en el peligro valor, fuente en el desierto y galardón en la humildad; Don Bosco, decimos, al considerar todo esto, encuentra estrechos los límites de Europa y espera ansioso é impaciente suene la hora destinada por la divina Providencia para lanzarse al Nuevo Mundo en sus hijos convertidos por su trabajo en apóstoles, y anunciar la buena nueva y atraer al redil de Jesucristo á tantos pueblos bárbaros como aún yacen, á

pesar de nuestros adelantos y progresos, en las sombras de la muerte y en las tinieblas del paganismo.

Hay en las extremidades meridionales del vasto continente, descubierta por Cristóbal Colón, dilatadísimas comarcas, aún no exploradas por los europeos, entre las que se cuentan el país llamado de los Pampas, la Patagonia propiamente dicha, y la tierra denominada del Fuego.

Todo en esas regiones, y muy particularmente en la Patagonia, contribuía á hacer difícil la exploración del terreno, y mucho más aún la evangelización de las gentes que lo poblaban.

Dividido el suelo de la Patagonia por una cadena de montañas, las Cordilleras, prolongación de los Andes, que atraviesan toda la América de Norte á Sur, en dos vertientes, la una Occidental, que llega hasta las costas del Pacífico, y la otra Oriental, que confina con el Atlántico, presenta á la vista del observador aspecto variadísimo. Por un lado rocas abruptas, picos gigantes cubiertos de nieves perpétuas, sendas escarpadas y ásperas, apenas transitables, bosques y selvas espesas de un color negruzco; por el lado opuesto extensas llanuras áridas ó con pobrísima vegetación, lagos salados, y siempre y en donde quiera despoblación y muerte. A lo ingrato del suelo júntase lo desapacible del clima. La cercanía del polo antártico y otras causas,

que no nos toca enumerar, hacen que en la Patagonia jamás haya verano; pues en los dos ó tres meses que dura allí la estación á que dan ese nombre, nunca sube el termómetro de cuatro á cinco grados; y que en cambio se experimenta un frío glacial, sucediéndose casi sin interrupción lluvias torrenciales, tempestades horribles y multitud de fenómenos meteorológicos aterradores. Como si todo esto no fuera bastante, la índole de las gentes, que recorren, más bien que habitan, la montaña y el llano es tal, que por muchos años se les creyó irreducibles é ingobernables. Salvajes como el terreno que pisan, sus instintos son los de las fieras, y en su mayoría sin morada permanente, andan de un sitio á otro, alimentándose del pillaje, y no teniendo forma alguna de civilización.

En 1745, España, á quien pertenecían estas tierras, encargó á los RR. PP. Quiroga y Cardiel de la Compañía de Jesús las visitaran y vieran si era posible colonizarlas; mas sin resultado alguno; todos sus esfuerzos fueron inútiles para atraer á los salvajes y aún se cuenta que varios PP. que en otras ocasiones quisieron en ella penetrar para ver de atraerles á la fe, fueron por ellos devorados. Nada tiene esto de extraño tratándose de salvajes antropófagos que entre ellos mismos se destruyen. Cuando en sus correrías han podido apoderarse de licores espirito-

sos, celebran sus orgías que á veces duran más de una semana; se embriagan enteramente y en este estado, toman sus armas y blandiéndolas á diestra y á siniestra, se matan unos á otros sin que les detengan en su bárbara tarea los lazos de carne y sangre, ni otro miramiento alguno.

Este era el primer campo que la divina Providencia destinaba á estos nuevos apóstoles del Evangelio; este era también el campo que Dios había manifestado en sus sueños á Don Bosco, el cual le conocía tan bien, que cuando hablaba de aquellas regiones, parecía las hubiera prolijamente recorrido; ríos, lagos, selvas, montes, nada era nuevo para él: indicaba con la mayor precisión los caminos, los pueblos, las costumbres y carácter de sus habitantes y mil otros detalles de que no dan noticia ni aún las mejores relaciones de viaje. Y tanto era así que la Sociedad Geográfica de Lyon, le premió con una medalla de oro por una interesante, completa y exacta conferencia sobre la Patagonia que dió, á ruegos de dicha Sociedad, en 1883. Al leer con los ojos bañados en lágrimas, las primeras cartas en las que sus Misioneros le hacían una descripción de aquella tierra, no pudo menos de exclamar: *Este es el país que yo he visto en mis sueños; lo conozco con todos sus pormenores.*

Bien pronto se le presentó ocasión á Don Bosco de realizar su ambición de ganar almas para

el cielo en aquellas desoladas tierras. El consul de la República Argentina en Savona le suplicó mandara sus hijos á Buenos Aires, y Don Bosco que no esperaba otra cosa y que veía en este llamamiento la mano de Dios que franqueaba á sus hijos las puertas de la Patagonia, accedió gustoso; se presentó á Pío IX; obtuvo de él su copiosa bendición para esta nueva empresa y en Noviembre de 1875 partía de Turín la primera expedición de Misioneros Salesianos. El presbítero de la Congregación D. Juan Cagliero, que en 1880 fundó la primera casa salesiana en España, la capitaneaba, y aunque se les abría delante un camino erizado de dificultades y peligros, todos iban animosos y contentos, porque llevaban la bendición de Pío IX. Llegados al Nuevo Mundo, lo primero en que se ocuparon fué en abrir casas de educación en la República Argentina y en el Uruguay, es decir, en los confines de la Patagonia, medida altamente previsora y que servía poderosamente para asegurar el éxito de la Misión, proporcionando á los misioneros asilos seguros á donde pudieran replegarse si sus primeras tentativas no daban resultado, y esperar más oportuna coyuntura en tal caso, para emprenderlas de nuevo.

Cuando todo parecía estaba dispuesto, efectuóse por mar la primera expedición en 1878; pero agitada la nave por furiosa tempestad, des-

pués de trece días de angustias y temores, debieron volver de nuevo á Buenos Aires. No se hizo con mejores resultados una segunda tentativa por tierra; el hambre, la sed, los padecimientos y trabajos sufridos fueron grandes; mas no por esto decayeron los misioneros de ánimo, y al fin el más consolador y satisfactorio éxito coronó tan generosos esfuerzos: los Salesianos lograron establecerse en el corazón mismo de la Patagonia junto á las márgenes y á los afluentes del Río Negro, y desde aquí se desparramaron en todas direcciones en busca de los salvajes para atraerles á Jesucristo y abrirles las puertas de su felicidad en esta y en la otra vida. Más de 30.500 indígenas bautizados y convertidos á la fé, son una prueba palpable de que, si bien es verdad que son ímprobos los trabajos y fatigas del Misionero, no es menos cierto que los frutos son á su vez copiosos y abundantes aunque no en proporción de los trabajos y sudores empleados. Mas esto no importa; la conversión y civilización de la Patagonia considerada como irreducible, es un hecho consolador en vías de realizarse por completo, si, como esperamos, nuevas ordas de *bárbaros civilizados* no impiden estos progresos, como en otro tiempo impidieron los de otras florecientes cristiandades, destruyéndolas y obligando á sus felices moradores á internarse de nuevo en las selvas y á emprender la vida nómada y

salvaje, de la que tantos años de trabajos y fatigas había costado apartarles á invictos y heroicos apóstoles de la Iglesia.

Contento y satisfecho Su Santidad León XIII de los progresos de la nueva misión y deseoso de extender más sus beneficios, erigió, en 1883, en la Patagonia un Vicariato y una Prefectura Apostólica; aquel comprende la Patagonia central y septentrional; y esta, la Patagonia meridional, la Tierra del Fuego é islas adyacentes. La extensión de estas tierras es casi como la de toda Europa.

La Prefectura fué confiada por Su Santidad á Don José Fagnano y el Vicariato al Ilmo. Sr. D. Cagliero, el cual, en el consistorio del 13 de Noviembre del año siguiente, 1884, fué preconizado obispo titular del Magida y consagrado el 7 de Diciembre del mismo año, en la iglesia de María Auxiliadora, de Turín.

Desde 1875 en que, como hemos dicho, tuvo lugar la primera expedición de misioneros, no ha pasado año sin que se verifique al menos una, pues años ha habido en que han salido dos ó tres, muchas de ellas de cuarenta y cincuenta misioneros. La última, 31 de Octubre de 1894, se componía de cuarenta, siendo la vigésima séptima expedición. Todos estos misioneros que en distintas ocasiones arribaron á la América, se repartieron por toda ella y fundaron colegios. gran-

jas ó talleres, etc. en la Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, Méjico y Venezuela.

A más de las Misiones de las Pampas, Patagonia, Tierra del Fuego é Islas Malvinas, posteriormente se erigió el Vicariato de Méndez y Gualaquiza y se dió comienzo á las Misiones del Matto Grosso. Plácenos dar aquí alguna noticia sobre ambas misiones, para que el cuadro sea más completo.

Como todo el mundo sabe, la gran Cordillera de los Andes divide en dos partes de norte á sur á la República del Ecuador. Al oeste de dicha Cordillera se hallan las poblaciones ya civilizadas y cuya capital es Quito. El este lo habitan tribus salvajes más ó menos en camino de civilización. Cuatro Vicariatos Apostólicos fueron últimamente instituidos por la Santa Sede á ruego del gobierno de la República para la evangelización de dicha región: el del Napo confiado á los Jesuitas; el de Macas y Canelos, á los Dominicos; el de Méndez y Gualaquiza, á los Salesianos; y el del Zamora, á los Franciscanos. El Vicariato, pues, de Méndez y Gualaquiza, que es el que más de cerca nos toca, está limitado al norte por el río Apatenoma que desagua en el Morona el que á su vez desemboca en el Marañón; al sur por el Zamora, afluente del Santiago y éste, del Marañón; al este por el Morona y Marañón y al

oeste por Loja y Cuenca. En esta última ciudad se estableció con anticipación una casa por encontrarse á las puertas de la Misión. Los Jíbaros, habitantes de estas regiones, son de carácter receloso, desconfiado y traidor: sus muchas fechorías justifican el temor que se les tiene; respetan, sin embargo, al Misionero porque saben que solo procura su bien; mas debe siempre mostrarse con ellos resuelto y hacerles ver que está dispuesto á defenderse de sus asaltos. Para ellos solo es malo el hurto, la mentira y el homicidio; pero por la más mínima causa, este no solo es lícito, sino hasta sagrado; la venganza es obligatoria entre ellos. Tienen conocimiento de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma y de las penas y castigos eternos.

El principal atractivo de estos Jíbaros, son algunos regalillos. Se cuenta que un Misionero Dominicó logró con este medio aficionárseles tanto que con gusto le escuchaban; mas llegó un día en que no tenía más que darles y al punto todos le abandonaron y no volvieron á escuchar sus enseñanzas.

Su Santidad León XIII, para dar mayor impulso á esta Misión, comenzada en 1893, en el Consistorio del 18 de Marzo del presente año 1895, se dignó elevar á la alta dignidad de Obispo, al ya Vicario Apostólico Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna, Salesiano.

No menos importantes que las anteriores son las Misiones iniciadas el año anterior en el Estado de Matto Grosso, en el Brasil, y es á no dudarlo el punto más importante para la eficaz acción del Misionero; el centro, el corazón de la vida salvaje de innumerables hordas indígenas. A cualquier parte que uno se vuelva se halla rodeado de numerosas tribus bárbaras; al este regiones inexploradas y los valles del Toncantino y del Arara; al norte los vastísimos del Madeira, Solimoes y Amazonas; y al oeste y sur los territorios salvajes del Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay. La audacia, la fuerza y la ferocidad, son las prendas que más estiman estos Indios. Insultan y desprecian á sus enemigos, en los mismos momentos en que han de ser por ellos extrangulados ó devorados; y según exactas y verídicas informaciones, estos salvajes, al igual que los del Amazonas y Goyaz, son los más embrutecidos y feroces de América.

« Para alcanzar el resultado que deseamos, escribía Mons. Lasagna, son ante todo necesarios santos y robustos sacerdotes que resistan á los innumerables sacrificios á que deberán someterse entre gente embrutecida por la embriaguez, sanguinaria, sin la menor cultura y medio desnuda; en un clima de fuego y con un nuevo género de alimentos. No valen aquí la mucha ciencia y elocuencia; sino la caridad ardiente, la paciencia

heróica, el trabajo sin desmayos ni decaimientos; que los frutos no han de verse, sino después de varios años de penosa, constante é ímproba labor.»

Al frente de estas Misiones y de las diversas fundaciones del Brasil, Uruguay, Paraguay, Corrientes y Entre Ríos se encuentra el Ilmo. Sr. D. Luis Lasagna, Salesiano, preconizado obispo titular de Trípoli por Su Santidad León XIII, y consagrado en Roma en 1893.

No es esto solo; actívanse los trabajos y dentro de muy poco tiempo, los Misioneros Salesianos se internarán en el Chaco, extenso territorio entre Bolivia, Paraguay y la Argentina, cubiertos de Tribus salvajes divididas en diversos sitios y florestas, de índole, por lo general, humilde y dócil, desnudos, ignorantes y desgraciados, que esperan una alma buena que les lleve la luz del Evangelio.

En Colombia, más de 900 leprosos yacían en el Lazareto de Agua de Dios, sin un Sacerdote que les prodigara los auxilios religiosos; el salesiano D. Miguel Unia lo sabe; insiste con sus superiores y obtenido el deseado permiso, se consagra á sus cuidados; y otro sacerdote y dos catequistas le acompañan, sin que les intimide la seguridad en que se encuentran de contraer tan terrible é incurable enfermedad; y ya se hacen gestiones para encargarse de otro.

En el Africa se han fundado cinco casas y se espera impacientes el momento de internarse en tan vasto campo como aquí se ofrece á su celo, y llevar á estos salvajes los frutos de la Redención.

En Palestina también existen tres casas, una de talleres y dos granjas agrícolas. Innumerales son las peticiones de Misioneros que de varias partes del Asia y Oceanía se nos han hecho; mas sin haber aún podido á ellas responder. ¿Por qué? La razón es obvia: *La mies es mucha y muy pocos los obreros. Rogad, pues, al Señor de la mies que mande operarios á su viña.*

Innumerales é importantísimas son las reflexiones que ante el pequeño é incompleto bosquejo que de las Misiones Salesianas acabamos de presentar á nuestros lectores se nos ofrecen; más terminamos este artículo, para no alargarnos demasiado, con las palabras con que termina una de sus cartas, el ya nombrado Mons. Lasagna: « ¡Infelices! ¡Por cualquier lado que se les mire, son dignos de compasión y lástima! Digan otros lo que quieran; mas yo estoy persuadido que todos ellos son susceptibles de educación y cultura. Tomados desde niños, aprenden con facilidad á leer y escribir y se amoldan á nuestros usos y costumbres. Cierto es que se requiere tiempo y una gran dosis de abnegación y paciencia; mas los felices resultados llenarán un día de inefable consuelo el corazón del Misionero, alegrarán á

los Angeles del cielo y aún harán se gocen los hombres escépticos y duros de corazón.

« Vengan, pues, los corazones generosos llenos del espíritu de Dios y acompañados de los auxilios de los buenos, y en pocos años veremos surgir como por encanto florecientes cristiandades, donde por tantos siglos ha reinado Satanás; veremos desarrollarse la verdadera civilización y el bienestar, donde antes extendían su manto la desolación y la barbarie; y contemplaremos con fruición á estos hijos de la floresta, juguetes ahora de Luzbel y víctimas de las más horribles supersticiones, hechos hijos de Dios y hermanos nuestros en la caridad de N. Señor Jesucristo.»



VII

**Don Bosco y la buena prensa.
Lecturas Católicas.**

Sabido es el daño grande que causan las malas lecturas, y cierto es por desgracia que á cualquier parte que volvamos nuestra vista, no vemos otra cosa que una creciente inundación de producciones impías y desmoralizadoras que pretenden acabar con todo lo que de noble y de santo se encierra en el corazón humano. La razón, la historia, la autoridad, la legislación y la cotidiana experiencia, gritan muy alto contra esas destructoras enseñanzas, que encierran en sí la causa de perniciosos efectos contra la Sociedad, la Religión y la Moral. ¿Qué ruina no ocasionaron en el siglo XVI, y ocasionan las doctrinas de Lutero diseminadas por toda la Germania; en el siglo XVIII las de los enciclopedistas en Francia; y las de los incrédulos del siglo XIX, masones y liberales, no en una determinada nación sino en toda la redondez de la tierra? En verdad que no puede menos de estar aún indeciso, si es peor la ignorancia ó la falsa ilustración. Una y otra no dejan de ser funestísimas y las malas lec-

turas entrañan virtud doblemente poderosa para difundir entre los hombres la ignorancia, madre de todos los errores, y la falsa ilustración madre de todos los crímenes. Merced á las malas lecturas acontece que se aprende lo que se debería ignorar y se ignora lo que debería saberse; se aprende lo que oscurece las inteligencias y se ignora lo que las inunda de resplandores; se aprende lo que pierde y se olvida lo que salva, se aprenden los caminos del pecado, del crimen y del vicio y se abandonan las hermosas sendas de la honradez, de la virtud y de la santidad.

Las malas lecturas pervierten las inteligencias y envenenan los corazones. Triste es la situación de un alma sumida en la noche de la ignorancia, pero esa noche cuando está iluminada por los siniestros resplandores de una falsa ilustración, á más de la tristeza, terror y espanto nos infunde.

¿Qué hacer para contrarrestar tamaño mal?

« Cuando los que están obcecados por las tinieblas de los errores, ha dicho León XIII, trabajan con empeño por desarraigar la fé de la verdad católica y combatir la religión cristiana, nada es tanto de desear como el que los hijos de la luz se muestren denodadamente defensores de la justicia y protectores de la salvación de las almas.»

« No se engañaría mucho quien intentara atribuir principalmente á la prensa malvada todos

los males presentes, así como la deplorable condición de las cosas, á que hemos venido á parar: y puesto que el principal instrumento de que se valen los enemigos es la imprenta, conviene que los católicos opongán la buena á la mala prensa para defensa de la verdad y tutela de la Religión.» «De esta manera, decía San Francisco de Sales, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.»

Don Bosco, que por la divina Providencia había sido enviado para contrarrestar todas las corrientes de perversión de su siglo, no descuidó la prensa que muy bien sabía que así como es el principal vehículo del vicio, puede igualmente serlo de la virtud y del bien. Veamos brevemente lo que en este sentido hizo y sigue haciendo por medio de sus hijos.

El rey Carlos Alberto, como ya hemos dicho, había emancipado á los protestantes y judíos en 1848. Parecía que con este acto solo se entendía la libertad de profesar exteriormente su culto, sin detrimento de la Religión Católica, que era la sola Religión del Estado. No lo entendieron así los herejes y apenas obtenido este permiso y el de la libertad de imprenta, comenzaron una universal é impetuosa propaganda de sus errores entre el pueblo católico, valiéndose para ello

de todos los medios posibles y principalmente de libros y hojas perniciosas, que, previendo lo que había de pasar, tenían de antemano preparadas.

Encendióse de caridad y de celo el corazón de Don Bosco y anhelando preservar á la juventud de los lazos que se le tendían, en unión de otras personas fundó un diario titulado *El Amigo de la Juventud* y publicó varios opúsculos dando la voz de alarma y desenmascarando y atacando de frente con valor y energía á las sectas que campeaban á mansalva y no esperaban hubiese quien tan pronto les saliese al encuentro y atajara sus pasos, pues habían cogido desprevenidos á los católicos que descansaban confiados en algunos artículos de la Constitución, que prohibían todo ataque á la Religión Católica.

Don Bosco siguió adelante y fundó las *Lecturas Católicas*, publicación mensual, que continúa difundiendo por toda la Italia é islas adyacentes.

La alegría y el bien que esta propaganda produjo entre los católicos, es indecible; en solo un año se repartieron entre toda clase de personas más de 200,000 ejemplares del libro de Don Bosco, *Arisos á los Católicos*.

Fácil es comprender la rabia y desesperación de los protestantes al verse descubiertos y observar que los opúsculos de Don Bosco pasaban de mano en mano y que eran calurosamente reco-

mendados por varios Obispos y encomiados por algunos Cardenales y hasta por el mismo Santo Padre. Trataron de oponérsele con las *Lecturas Evangélicas*; pero como con este medio no lograron sino desprestigiarse cada día más y más, se empeñaron con él en una acalorada controversia que acabó de confundirles por completo.

Heridos en lo más vivo de su amor propio y atajados en sus satánicos intentos, no pudiendo llevar el peso de su derrota, juraron acabar de otro modo con Don Bosco, como ya habían hecho con otros invictos campeones de la verdad. Durante el espacio de dos años, raro fué el día en que el caritativo apóstol no se viera amenazado de muerte. Ora eran asesinos que le asaltaban en la calle; ora sicarios que intentaban matarlo con armas de fuego, dentro del templo, en el momento en que catequizaba á sus niños; ora malvados hipócritas que le llamaban en la mitad de la noche para confesar supuestos enfermos; ora pérfidos asalariados que envenenaban su alimento; ora, en fin, legiones armadas que intentaban destruir la casa del Oratorio. Pero, *si Deus pro nobis, quis contra nos*, el brazo de Dios le defendía y nunca faltó una circunstancia extraordinaria que salvara á Don Bosco y á sus hijos.

Tan tremenda fué la lucha, que no podía encontrarse en Turín quien quisiera oficialmente encargarse de la censura y revisión eclesiástica

de dichas lecturas; por lo que debieron publicarse en otra diócesis hasta que se terminó esta lucha á muerte emprendida en Turín por las sectas contra todos los defensores de la verdad y especialmente contra Don Bosco.

Y no contento con la fundación y difusión de las *Lecturas Católicas*, emprendió en la ocasión propicia la publicación de una *Biblioteca de la juventud Italiana*, compuesta de los mejores clásicos de su nación, expurgados con exquisita diligencia, como igualmente la colección de clásicos latinos bajo el título *Selecta ex latinis scriptoribus*. Mas como uno de sus más vivos deseos era que en las escuelas se introdujera el estudio de los clásicos cristianos, comenzó á publicar, con atentas observaciones y claras anotaciones, los escritos de los Santos Padres latinos con el epígrafe *Selecta ex Christianis scriptoribus in usum scholarum*. Otro tanto hizo con los escritos de los Padres griegos. Pero como aún no estuviera satisfecho su celo, dió principio á la publicación periódica de la *Colección de Lecturas Dramáticas*, á propósito para poderse representar por jóvenes en los colegios y casas de educación.

Don Bosco dejó en la república de las letras cerca de 70 obras destinadas á la juventud y al pueblo, y escritas con gran propiedad y pureza de estilo. Su *Historia de Italia* ha alcanzado ya 24 ediciones y del *Joven Instruido*, libro de pie-

dad, se han editado más de 1,300,000 ejemplares en casi todas las lenguas.

Se calculan en más de cien millones los buenos libros y opúsculos para toda suerte de personas, salidos de las tipografías salesianas.

Los grandes bienes producidos por las *Lecturas Católicas* movieron á los Salesianos á establecerlas en América, y hace trece años que al igual del Oratorio de Turín se estampan en la casa salesiana de Buenos Aires para mantener la integridad de la fe y obtener el mejoramiento de las costumbres.

Con este mismo fin comenzaron también á publicarse en Sarriá-Barcelona, y con el mayor encarecimiento y los mejores deseos se las recomendamos á nuestros caros lectores. La modicidad del precio, la variedad de sus publicaciones y el bien grande que pueden producir por la profundidad y bondad de sus doctrinas, las hacen recomendables á toda clase de personas.

Grandes son los males, como hemos dicho al principio, que ocasiona la prensa impía y demoralizadora; mas estos males podríamos contrarrestarlos si con decisión y empeño todos los católicos pusieran manos á la obra. Sabida es la triste y precaria situación por que atraviesan las publicaciones genuinamente católicas. ¿A qué es debido esto? A la apatía de un pequeño número de católicos, que miran esta cuestión como de

poca monta, y que en lugar de contribuir con sus recursos al sostenimiento, mejoramiento y propaganda de la buena prensa, se los retiran, si es que no los invierten en el auxilio de la liberal, de cualquier matiz que sea.

Es preciso, pues, que abriendo de una vez nuestros oídos á las continuas enseñanzas de los pastores de nuestras almas reconozcamos y sepamos apreciar la excepcional importancia del periodismo católico, que supera á la que los ministros del Señor ejercen en sus respectivas parroquias por el ministerio de la predicación; ya que el párroco predica una vez á la semana y el periódico todos los días de la semana: el párroco predica á un puñado de fieles y el periódico á miles y millones de infieles. Pues, ¿y qué cosa podrá compararse al universal apostolado del libro, el cual reproducido en miles y millares de ejemplares se esparce por todas partes, y lo mismo penetra en los palacios del rico que en los miserables tugurios del pobre, sin exigir tarea alguna para ser leído? Ahora bien; ¿no es una vergüenza que mientras la prensa impía vive y se propaga con el dinero de muchos católicos, la católica viva una vida endémica y con trabajo pueda sostenerse por falta de subscriptores y propagadores de la misma?

Si, pues, queremos pasar por verdaderos católicos y que N. Señor nos reconozca por suyos, es

preciso que, no solo no contribuyamos ni aun con un céntimo chico al sostenimiento de cualquier diario ó publicación impía ó liberal de cualquier matiz que sea, sino que con todas nuestras fuerzas, caudales ó influencias propaguemos toda suerte de publicaciones católicas y que demos la preferencia en la adquisición de libros científicos ó escolásticos, á las librerías que solo y exclusivamente enriquecen su surtido con producciones enteramente católicas.

Concluyamos con las notables palabras del Cardenal Alimonda: « La prensa periódica sometida á la autoridad jerárjica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: *ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es una especie de apostolado sublime.* »





Cooperadores Salesianos

Si siempre y en todo tiempo la unión entre los católicos, unión de las inteligencias, de los corazones y de obras, ha sido necesaria para resistir al mal y propagar el bien, en los calamitosos tiempos que corremos no solo es necesaria, sino indispensable. Vemos como unidos y compactos trabajan los malos para destruir entre los pueblos los sanos principios de la religión y de la moral; observamos como unidos y compactos, combaten, con la prensa, las escuelas y las públicas demostraciones, las más sacrosantas verdades; oímos como unidos y compactos gritan desafortadamente contra las santas y saludables prácticas de nuestra sacrosanta Religión, contra venerandas personas, contra el Papa, contra el mismo Jesucristo: y sus gritos y amenazas llegan hasta el trono del Altísimo; y si bien pocos unidos, son la causa de los inmensos males morales y desdichas de la actual sociedad y la ruina de innumerables almas.

Ante un tan grande cúmulo de males ocasionados por la unión de los malos entre sí, nosotros los católicos, que tenemos en nuestro favor la ra-

zón y la justicia y por ende el poder y la virtud de Dios ¿hemos de permanecer desunidos?

Ciertamente que por muy grandes que fueran nuestros trabajos y extraordinarios los sacrificios que nos impusiéramos para remediar y curar tan hondas llagas, aislados, de poco ó de ningún valor serían. La unión es la fuerza y multiplica los ejércitos. « Comprendamos, pues, en vista de esto la necesidad que hoy en día hay de que los buenos se unan entre sí y se dejen de discordias y partidos: unámonos contra ellos á guisa de una compañía de valerosos soldados; no demos inútiles asaltos, ni empleemos la pluma ó la palabra para escribir unos contra otros, siendo así que todos tenemos y defendemos las mismas ideas y principios. »

Don Bosco, cuyas son las anteriores palabras, deseoso de poner en lo posible, también remedio á este mal y que su empresa gigantesca fuera la copia acabada de las grandes Ordenes Monásticas de la Edad Media, acomodada á las necesidades actuales de la Iglesia, se propuso una tercera creación; y brotó de su alma generosa la PÍA UNIÓN DE COOPERADORES Y COOPERADORAS SALESIANOS.

Desde el año 1841 en que el humilde sacerdote de Valdocco empezó á reunir algunos niños en los días de fiesta quitándoles de las plazas y calles para entretenerlos en honestas diversiones

é instruirlos en nuestra santa Religión, palpó la necesidad de rodearse de personas que en su colosal empresa le ayudasen. Muchos sacerdotes y seglares y más tarde ilustres damas de Turín, secundaron sus propósitos; unos llevándoles los niños huérfanos ó vagabundos que encontraban, y otros asistiéndolos y catequizándolos. Las señoras, por su parte, y comunidades religiosas, le proporcionaban trajes, ropa interior y demás cosas necesarias, para remediar á los más necesitados. Todos, en fin, quien con dinero, quien con otros medios morales ó materiales, facilitaban y allanaban el camino á Don Bosco para que siguiera adelante en su obra bienhechora.

Lo hemos dicho ya, y lo repetimos de nuevo: Don Bosco no era rico, no disponía de grandes capitales que emplear para realizar y sostener sus proyectos; en una palabra, no poseía nada absolutamente, ó como vulgarmente se dice, no tenía donde caerse muerto. Tampoco dejó á sus hijos abundantes rentas con que sostener las casas ya establecidas y proceder á la fundación de otras; las casas salesianas no cuentan con más rentas permanentes y seguras, que las que las proporciona la caridad cristiana. Las dos terceras partes de los niños que educa en sus colegios, granjas, etc, no proporcionan más que gastos y gastos grandes; son pobrecitos que nada poseen y que por lo tanto necesitan y hay que

proveerles de todo absolutamente. Siendo, por último, los talleres escuelas de aprendizaje para miles de niños, y no medios de especulación, razón por la que los artesanos de fuera no deben temer les venga mal alguno de la propagación de estos talleres ó escuelas prácticas de artes y oficios cada cual podrá imaginarse, si puede, el verdadero derroche, si es que esta palabra no suena mal, y las continuas pérdidas de material, que no por ser para fin tan caritativo y benéfico, deja de costar dinero, que esos rapazuelos, debido á su inexperiencia y ligereza, ocasionan; así que, los talleres son una nueva carga y bien pesada por cierto, que á las casas salesianas se les añade; porque sabido es, que en una misma casa suelen con frecuencia juntarse todas las obras que la Congregación Salesiana abarca. Ahora bien; ¿cómo sostener todo esto? con qué medios proporcionar á esos niños, alimentos, vestidos y todo cuanto necesitan? Es esta una dificultad capaz de arredrar á otro que no hubiera sido Don Bosco, el cual, así como persuadido estaba que la inspiración, el impulso y la fuerza que le sostenían en sus trabajos venían de lo alto, así también esperaba con una fe ciega capaz de trasladar los montes y de hacer milagos, como en efecto los hizo, que de lo alto también le habían de venir los recursos que necesitaba y de que demasiado sabía la divina Providencia, él carecía; mas

por esto mismo decimos que su obra es obra de Dios, porque estas han sido siempre sus amorosas trazas; obrar los mayores prodigios por medio de instrumentos inadecuados para producir tan asombrosos efectos.

Y ved aquí como lo ha arreglado todo. Don Bosco veía el bien grande que tantas buenas personas reunidas hacían en bien de la juventud pobre y abandonada y provecho de la entera sociedad y pensó instituir una formal Asociación que previó había de ser una obra de preservación y de regeneración social, ya que tiende á mantener siempre vivo entre sus miembros el espíritu de caridad y de misericordia para con los desvalidos, proporcionando á muchos, que no saben qué hacer de sus riquezas, miles de propicias ocasiones en que santamente emplearlas.

Formulado el Reglamento y presentado á Su Santidad Pío IX, lo aprobó, y deseando que dicha *Pía Unión de Cooperadores Salesianos* tomase cada día más rápido y mayor incremento, abrió los tesoros de las santas indulgencias, con breve de 9 de Mayo de 1876.

« Queriendo, dice el Papa, dar una demostración de especial benevolencia á dichos socios, les otorgamos todas aquellas Indulgencias, tanto plenarias como parciales, que pueden ganar los Terciarios de San Francisco de Asís, y con nuestra Apostólica autoridad concedemos que, el día de la fiesta de San

Francisco de Sales y en las Iglesias de la Congregación Salesiana, puedan lícita y libremente obtenerse todas las indulgencias que los Terciarios pueden ganar en la fiesta é Iglesias de San Francisco de Asis, siempre que cumplan exactamente en el Señor, con todas las obras á tal efecto prescritas, no obstante cualquier disposición en contrario. Deseamos que las presentes letras tengan valor á perpetuidad.»

El fin principal de esta Pía Unión, después de la santificación de sus miembros, es de proporcionar medios morales y materiales á la Sociedad Salesiana para que se puedan atender, cuidar y aumentar sus obras en favor de la juventud pobre y abandonada.

Hombres y mujeres de todo estado y condición que sientan en su corazón un poco de amor de Dios, pueden alistarse entre los Cooperadores Salesianos. Ninguna obligación tienen que pueda serles incómoda; ninguna práctica especial que obligue bajo pecado; lo único que se les recomienda es el ejercicio de la *caridad* por todos los medios que á su alcance estuvieren; recitar cada día un *Pater, Ave y Gloria* en honor de San Francisco de Sales, pidiendo por las intenciones de Su Santidad; frecuentar los santos sacramentos y, en una palabra, ser de buen ejemplo á todos los que les rodean, con la práctica constante de los deberes de todo buen cristiano. Participan de todas las Misas, oraciones, novenas, ejer-

cicios espirituales, predicaciones y buenas obras que los Salesianos hicieren por todo el mundo.

No hace aún veinte años que esta *Pia Unión* se estableció definitivamente, y ya se halla extendida por todo el mundo, componiéndola al presente más de 150,000 Cooperadores. En España, sin embargo, aun no se la conoce bastante, pues si se la conociera, seguros estamos que contados serían los Españoles que de verdaderos católicos se precian que no la hubieran dado su nombre.

Su organización no puede ser más sencilla. Ordinariamente es el párroco quien se encarga de establecerla entre sus feligreses reuniendo á todos aquellos, hombres y mujeres, que desearan formar parte, y como *Director* la dirige y se encarga de exhortarles con frecuencia al cumplimiento del Reglamento, á ser generosos con los pobres niños cercenando algo de sus ahorros, para formarse un verdadero y seguro tesoro en el cielo; y de remitir á la más próxima casa salesiana los productos de las limosnas que se le hicieren con este fin y las listas de los nuevos Cooperadores con las direcciones bien determinadas, para que pueda remitírseles el *Diploma de Agregación* y cada mes el *Boletín Salesiano*. Si sus muchas ocupaciones le impidieran hacer todo esto por sí mismo, puede nombrar *Vice-Director* á otro sacerdote de su confianza y en defecto de este, á la persona más caracterizada y respetable,

por su celo y virtud. Pudiéndose con facilidad adquirir más particularizados detalles con solo dirigirse á cualquier casa salesiana, no decimos más sobre esto.

Desde los diez y seis años, puede uno formar parte de esta *Pía Unión*, bastando solicitarlo y recibir el *Diploma*.

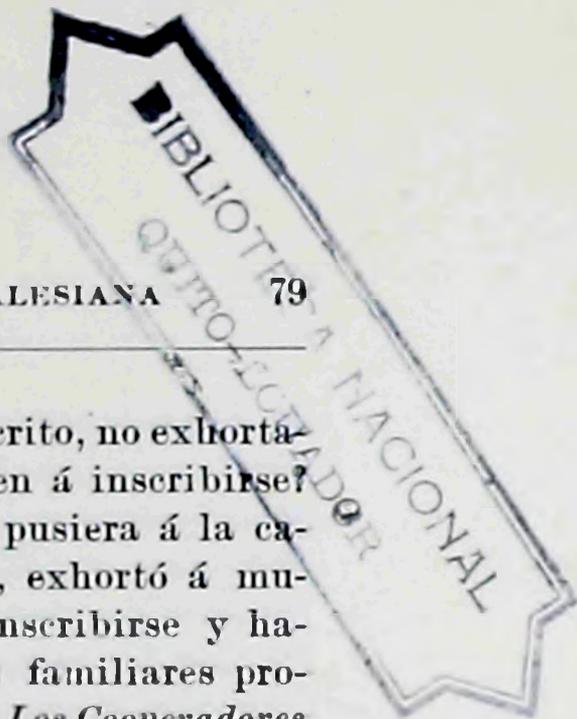
Y no solo los simples fieles pueden de ella formar parte, sino hasta las comunidades enteras á cualquier Religión que pertenezcan; ya que esta *Pía Unión* no es rigurosamente una orden tercera, pues los Cooperadores Salesianos no tienen noviciado, ni profesión, ni hábito especial, como los terciarios propiamente dichos. En estos casos basta que solo el Superior ó Superiora y el nombre del Instituto se hallen escritos en el catálogo; más para participar de los favores espirituales, es necesario que cada individuo coopere con alguna obra de las que prescribe el Reglamento, por pequeña que sea; ya aconsejando é invitando á otras personas de palabra ó por escrito á formar parte; ó bien orando para que puedan conseguirse los fines de tan piadosa Asociación.

Ahora bien; siendo tan fácil de ella formar parte y tantas y tan grandes las ventajas espirituales de que podemos en ella gozar y no preceptuándose en ninguna obligación especial fuera de los deberes de todo buen cristiano, ¿quién no se inscribirá en esta *Pía Unión* de Cooperadores

Salesianos y si ya estuviere inscrito, no exhortará á los que aún no lo estuvieren á inscribirse? Pío IX quiso que su nombre se pusiera á la cabeza de la lista de Cooperadores, exhortó á muchos Cardenales y Obispos á inscribirse y hablando en una ocasión con sus familiares pronunció estas notables palabras: *Los Cooperadores Salesianos están llamados á hacer mucho bien á la Iglesia y á la sociedad civil. Y siendo así que su obra tiende especialmente á la educación de la juventud que pelagra, será con el tiempo tan apreciada, que me parece ver no solo á familias, sino á pueblos y ciudades enteras correr á alistarse entre sus filas. Ved aquí porqué yo les amo tanto y porqué les he concedido especialísimas gracias para ahora y para siempre.* »

León XIII, apenas elevado á la cátedra de San Pedro, quiso, como Pío IX ser Cooperador Salesiano. « *Habiéndome inscrito como Cooperador, dije, quiero ser el primer obrero.* » « *Decid á los Cooperadores Salesianos, cada vez que les habláis, decía en otra ocasión á Don Bosco, que yo les bendigo con todo mi corazón; que su fin consiste en impedir la ruina de la juventud; que no deben formar todos ellos sino un solo corazón y una alma sola para ayudaros á conseguir el objeto que se propone esta Asociación de San Francisco de Sales.* »

Y Don Bosco, cuya penetrante mirada abarcaba el porvenir, solía repetir con frecuencia: « *El*



día en que los Obispos y los Párrocos lleguen á conocer el auxiliar poderoso que en sus diócesis y parroquias tendrán en la institución de los Cooperadores Salesianos, se aplicarán con todas sus energías á difundirla por doquiera. Vendrá un día en el que Cooperador Salesiano sea sinónimo de católico.»

Corramos, pues, animosos, á inscribirnos en esta santa milicia; y si bien desunidos en el cuerpo, unidos en el espíritu, combatamos en defensa de nuestra santa Religión, en defensa de la moral católica, de nuestras familias, de nuestros pueblos, en defensa de tantos hermanos nuestros como se encuentran en inminente peligro. Marchemos confiados y vindiquemos el honor de Jesucristo y la honra y la gloria de Dios á quien los impíos quieren arrancar de nuestros corazones. Quien presencia cada día los avances de la herejía y la impiedad; el triunfo de la injusticia y de la inmoralidad; á la seducción y perfidia campear libremente por nuestras calles y plazas; y como consecuencia de todo esto, la ruina de tantas almas; si abriga en su corazón una sola chispa de amor de Dios, debe levantarse indignado y lleno de santo celo y entusiasmo dirigirse á sus hermanos con las palabras de Judas Macabeo: *Armémonos y revistamos nuestro corazón de valor y ordenémonos en batalla contra estas gentes que se han unido para acabar con nosotros y con nuestros ritos santos. Mejor nos es morir peleando,*

que presenciar el exterminio de nuestro pueblo y el de los Altares del Señor.

Vínculo de unión entre los Cooperadores, es el *Boletín Salesiano*. *El Boletín Salesiano* tiene por objeto mantener vivo el espíritu de caridad entre los Cooperadores Salesianos, y darles á conocer las obras que la Pía Sociedad Salesiana trae entre manos y en modo especial las Misiones. Es pues, por así decirlo, el órgano de la Congregación Salesiana. Al presente se publica en italiano, español, francés, inglés y alemán. Para recibir mensualmente cualquiera de ellos ó varios bastará que quien lo desee nos mande bien determinada su dirección. Nada se exige por la subscripción. Pues entonces, dirá alguno, ¿cómo se sostiene, siendo tan crecidos sus gastos, sobre todo en el español que también se expide á América? Hemos dicho que nada se exige por la subscripción, y así es; más esto no quita que cada cual en la manera que pueda, coopere á cubrir estos gastos, destinando alguna pequeña cantidad cada año ó cada mes con este fin; y el que nada pueda, procurando aumentar el número de suscriptores entre sus parientes y amigos, pues con esto contribuirán á la difusión del conocimiento de la Congregación Salesiana y á la participación de sus frutos. No han faltado Cooperadores de Francia, que se hayan encargado de cubrir todos los meses los gastos del franqueo de

su *Boletín*, pudiendo así este con más facilidad ensanchar sus columnas y mejorar sus condiciones. Otros Cooperadores de otros puntos se encargan de los gastos en total ó en parte de impresión ó del papel, etc., etc., y en una palabra, procuran aliviarles de sus enormes gastos, para que puedan, libres de trabas, desarrollarse cada día más y más á proporción del continuado desarrollo de la Congregación Salesiana. No dudamos que estos ejemplos, apenas conocidos, serán también imitados y talvez superados por la generosidad propia de nuestro carácter en pro de toda buena obra. Esperamos que todos aquellos á cuyo conocimiento llegan estas líneas y y que aún no están suscritos, se suscribirán al *Boletín Salesiano* é inducirán á todos cuantos puedan á hacer lo mismo, seguros de hacer una buena obra en favor de la Religión y de la Patria.

Para suscripciones, adquisición de más detallados datos sobre lo que precede, envío de limosnas, nuevas listas de Cooperadores, etc. podrán dirigirse al *Boletín Salesiano Español*, *Cottolengo*. 32, *Turín* (Italia), ó á cualquier Casa Salesiana.





María Auxiliadora y Don Bosco

Existe profundamente grabado en el corazón de todos los fieles cristianos un tan hondo sentimiento de respeto, de veneración y de ilimitado amor hacia la mujer bendita, madre de Dios y madre nuestra María Santísima, que ordinariamente se encuentra aún en los más corrompidos corazones. Dispensadora de las celestiales gracias y medianera constituida por su divino Hijo para el género humano, á Ella instintivamente buscamos cuando queremos obtener los favores del Señor. Aun cuando la fé no nos lo enseñara, la razón y el corazón nos dirían siempre que no hay poder ni intercesión comparables al poder de la más alta criatura y á la intercesión de la más tierna y amante de las madres.

Así como Jesús vino al mundo por María, así se complace en llegar por Ella á las almas; María posee las riquezas y los magníficos dones de la gracia, *gratia plena*, para colmar de ellos á los que la aman. No hay gracia que por Ella no nos venga; así que nada es de extrañar que, convencidos los verdaderos fieles de que la devoción á la Madre de Dios es un inagotable manantial de

toda clase de bendiciones, en todas las edades de la Iglesia, hayan rivalizado por consagrarse á su culto. De aquí ese sentimiento, de que hablamos, que nos hace mirar con verdadero horror á los que no aman á María ó de cualquier modo la injurian.

Ciertamente que esa devoción y este sentimiento han sido en nosotros engendrados por la continua experiencia, que tenemos, de todos los siglos, de la protección de María en las necesidades generales de la Iglesia y particulares de los fieles. Jamás María se ha dejado, ni posible es se dejara vencer en generosidad de sus hijos, razón por la que siempre se ha manifestado al mundo como acueducto de las divinas gracias, refugio de pecadores, consuelo de los afligidos y auxilio de los cristianos.

En nuestro siglo, en que la indiferencia religiosa ha helado tan gran número de corazones, la devoción á María ha tomado y toma tal incremento, que con razón se puede dudar, si, desde el nacimiento del cristianismo, haya recibido la Santísima Virgen tantos homenajes como ahora. En las ciudades como en los pueblos, por doquiera se ensalzan las grandezas y privilegios de María; por todas partes se agolpan los fieles en derredor de sus altares implorando su protección y auxilio con un fervor y celo que sirve de gozo á los mismos ángeles. Por su parte la Santísima

Virgen no se ha mostrado sorda á las oraciones de sus hijos y respondiendo á sus gritos de angustia, les ha dado un Don Bosco.

Habiendo este gustado desde niño las dulzuras de la devoción á María que su santa madre le enseñó, más con el ejemplo que con las palabras, su vida toda, sus sudores y trabajos no tendían á otro fin que á glorificarla y á hacerla amar de los hombres. La ternura de su amor era grande y su confianza en Ella ilimitada. Con el afán y deseo de glorificarla concibió el proyecto de edificarla un templo, que al mismo tiempo que atestiguara el amor que la tenía, fuera una nueva sede donde Ella dispensara los tesoros de la gracia á cuantos acudieran demandándoselos. Y, sólo con cuarenta céntimos en caja, comienza la majestuosa iglesia de María Auxiliadora, en Turín, cuyo costo total ascendía á casi un millón de pesetas. Y el templo se levantó y las deudas se pagaron y miles de almas justifican que no envano se llama, salud de los enfermos y Madre de las divinas gracias. Cada piedra de este templo, recuerda una gracia especial obtenida de María.

Consagrado y abierto al culto público en 1868, fué elegantemente decorado para cumplir con un voto hecho por el Capítulo Superior de la Congregación á fin de conseguir pudiera sepultarse á Don Bosco en una casa salesiana, perpetuar la memoria de Don Bosco y atestiguar nuestro reco-

nocimiento á María por las señaladas é innumerables gracias que allí ha dispensado á los fieles y continúa dispensándoles. Se abrió de nuevo en 1891.

La cúpula se halla coronada con una bellísima imagen de María Auxiliadora, en bronce dorado. Cuando á las diez ó las once de la noche, después de largas horas de confesonario, Don Bosco se retiraba á su estancia, deteniéndose y contemplándola, decía al que le acompañaba; ¿No la vez? Ella es quien lo ha hecho todo.

A más de esta, Don Bosco edificó otras dos monumentales iglesias: la del Sagrado Corazón en Roma y la de San Juan Evangelista en Turín.

Apenas consagrada la iglesia de María Auxiliadora, Don Bosco pensó erigir canónicamente en ella la *Asociación de los devotos de María Auxiliadora*, cuyo objeto es propagar la devoción á María y el culto á Jesús Sacramentado.

Su Santidad Pío IX la elevó en 1870 á la dignidad de Archicofradía y otorgó grandes favores que S. S. León XIII aumentó con breve de 19 de enero de 1894. En la mayor parte de las iglesias salesianas se halla establecida esta *Asociación*, agregada á la Archicofradía erigida en la iglesia de María Auxiliadora de Turín.

El pueblo solía y suele llamar *La Virgen de Don Bosco* á María Auxiliadora y dar el mismo nombre á su iglesia. ¡Cuán justa es semejante deno-

minación! Don Bosco en su humildad, ternura y confianza en María, jamás la invocó con otro título que con el de María Auxiliadora, y se guardó siempre de manifestar en público que era el instrumento de la Sma. Virgen para edificarle dicho nuevo santuario, fuente de gracias y bendiciones. Mas el pueblo con ese buen sentido que no lo engaña, adivinó desde un principio el misterio; y el nombre de María resonó en sus labios unido íntimamente al de Don Bosco.

El pueblo tenía razón. La vida de Don Bosco no se explica sin la intervención y asistencia continua de María Auxiliadora, y así lo comprendía él mismo, que en ocasiones en que su pecho no podía contener sus encendidos afectos, se veía obligado á patentizar la benignidad y predilección de que era objeto por parte de María.

El año de 1883 Don Bosco regresaba de París; su paso por la nueva Babilonia había ocasionado indecible entusiasmo. El día en que regresó á Turín y ya á solas con los suyos, después de prolongado silencio, durante el cual parecía absorto en una idea que al parecer le dominaba; « ¿quién es Don Bosco? exclamó con una expresión y mirada indefinibles. Don Bosco no es ni un santo, ni un sabio, ni un orador; nada hay en su exterior ni en su espíritu que merezca llamar la atención. No obstante esto, las muchedumbres se agolpan á su paso, las más ilustres personas,

la nobleza más distinguida, los personajes más eminentes en las ciencias, la política y las armas, todos, en fin, se tienen por dichosos en podersele acercar y en poder hablar un instante con él, que no sabe con frecuencia qué responder. Si supiesen quién es Don Bosco, se quedarían bien asombrados, confundidos quizá de haberle honrado tanto. El viajero que en 1827 hubiera llegado á Castelnovo de Asti en Buttigliera habría podido ver á la derecha, sobre una pequeña colina, una humilde vivienda, y junto á ella un prado donde un pobre aldeano mugriento é ignorante apacentaba dos vacas. Éste, este es Don Bosco, un rústico grosero y nada más.»

Guardó silencio; mas, no pudiendo ocultar su emoción, saltándosele las lágrimas añadió: «¡Oh, cuán buena es María!»

Y en verdad, todo lo grande y maravilloso hecho por Don Bosco durante su larga vida, lleva el sello de la bondad de la Reina de los Cielos. Bastará para convencernos de esto, si ya no estamos convencidos, echar una mirada sobre lo que llevamos dicho, y no podremos menos de exclamar también nosotros; ¡cuán buena es María!

Pero aun hay más: Cada vez que Don Bosco emprendía una nueva obra, hablaba de ella como si viese patentemente el más ó menos feliz desenvolvimiento de cada una; así que esperaba los

sucesos como avisado y experto capitán, que teniendo á la vista el mapa que le muestra las corrientes, arrecifes, islas, bajos y escollos, navega por mar conocido en dirección del seguro puerto. ¡ Oh, cuán bondadosa es María !

A ella, pues, con toda la efusión de nuestra alma elevemos sin cesar un himno de agradecimiento y de amor. ¡ Bendita sea María Auxiliadora ! exclamaba constantemente Don Bosco, viendo las copiosas gracias que derramaba sobre sus devotos. El amor á tan piadosa Madre era el tema ordinario de sus predicaciones, y aseguraba su protección indefectible á cuantos la honran. En nombre de María y gracias á su ayuda omnipotente, obró las maravillas que la fama ha proclamado en todo el mundo. No fué, pues, tan solo su ardiente celo lo que le hizo grande; fué la mano de María que lo prevenía todo; fué la voz de María armonizada con la de su devoto siervo.

En nuestra patria, parece quiera renovar María los prodigios que obró cuando la construcción del templo que se la dedicó en Turín, con motivo del que al presente se la edifica en Sarriá (Barcelona). Ya hemos recibido relación de varias gracias obtenidas mediante su protección y no dudamos que si, como en Turín, acudimos á Ella y coadyuvamos á la obra, se multiplicarán de día en día y será para todos una nueva surgen-

te de gracias y bendiciones. Animo, pues, acudamos á ella con plena confianza é invoquémosla con fe: Salud de los enfermos, Consuelo de los afligidos, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.





Sistema educativo de Don Bosco

Con justísima razón ha sido llamado *de las luces* el siglo en que vivimos, si bajo esa palabra se comprenden no solo las luces verdaderas que, iluminando, guían, sino también las fosfóricas y aparentes que, seduciendo, engañan. La instrucción va tomando en nuestros días el carácter de una fiebre que devora. Ricos y pobres suspiran por la instrucción; el hombre y la mujer la necesitan; no se concibe una ciudad sin escuelas; las universidades, liceos y academias se multiplican para todos los ramos del saber humano; ningún caudillo se levanta sin escribir la palabra *instrucción* en su bandera, y los municipios y los congresos y los gobiernos agotan sus fuerzas y sus caudales en la difusión de la enseñanza.

El moderno liberalismo nos grita á todas horas que la instrucción es necesaria al bienestar de la familia y de la sociedad, pues el hombre tanto vale cuanto sabe. Los hechos, sin embargo, y la cotidiana experiencia desmienten constantemente esta afirmación. El orden y la moralidad y de aquí el bienestar social, decrecen á

medida de que la instrucción aumenta; las cárceles y los presidios se multiplican, y junto con las luces de este siglo, se han derramado por el mundo esas tinieblas pavorosas que se llaman *nihilismo, socialismo, comunismo y anarquismo*, de cuyos amargos frutos, tiempo há comenzado á gustar y continúa gustando la sociedad, que lejos de encontrar su vida en la instrucción, halla su muerte.

¿ Por qué esto ? La razón es clara. Porque instruir no es educar, así como sembrar no es cultivar. « No es el objeto de la educación ilustrar solamente el entendimiento humano, sino enaltecer las almas y cultivar, ejercitar, fortificar, desenvolver y pulimentar, si así puede decirse, todas las nobles facultades religiosas, morales, intelectuales, psíquicas y físicas, que constituyen en un jóven la naturaleza y dignidad humana. Es dar á esas mismas facultades la integridad y perfección, de que son capaces, dejarles expedito su poder y su acción, despertar nobles inclinaciones en el corazón y preparar los jóvenes á que más tarde puedan ser útiles á sus familias y prestar servicios á su patria en las diversas funciones sociales, á cuyo ejercicio puedan ser llamados durante la vida. « La instrucción por lo tanto, no es más que una parte de la educación, que « apreciada con criterio más alto, consiste en perfeccionar, cuanto sea posible, el alma en

esta vida, para elevarla después hasta su último fin, que es la vida eterna.» Sólo así la educación hace feliz al hombre, dichosa la familia, prósperas las sociedades é invencibles las naciones. De la educación, depende el sostenimiento del cuerpo y los hábitos del alma; ella es el molde en que la sociedad toma su forma.

La Sagrada Escritura nos repite con muchísima frecuencia, la necesidad que el hombre tiene de ser educado *ab adolescentia sua* desde su más tierna edad; pues que con la educación de los niños se puede cambiar la faz del mundo.

Mas « para una completa y perfecta educación, no basta un buen sistema de enseñanza, sino que son además necesarias condiciones especiales en los maestros y profesores, encargados de cumplirle y de ponerle en práctica. Es misión altísima y muy delicada y penosa la de educar bien, y quizá la causa de que no dé los resultados favorables, que de la misma se esperan, consiste en que no se hace de ella el aprecio que se merece, ni tampoco se comprende su inmensa trascendencia. Formar la inteligencia desde los primeros momentos que se abre á la luz; desligarla poco á poco de los sentidos externos, que la envuelven, para que ejerciten sus actos internos; iniciarla en la verdad por medio de signos del pensamiento; obligarla á meditar en sí misma, para que distinga la voz de la conciencia, del ruido confuso

y desordenado de los instintos y pasiones; levantar el espíritu, inclinado á bajar, hacia la materia; infundirle aliento en las luchas con la carne y la sangre por medio del deber moral, por los atractivos de la virtud y por el amor de Dios; cultivar esa delicada flor, á costa de mil cuidados y constante vigilancia, y grabar, por fin, en un organismo de músculos y nervios, las normas de una vida superior á ellos, la de un ser razonable, de un cristiano, de un hijo de Dios y de un heredero de la vida eterna, esa es la obra más difícil, la mas grandiosa, admirable y maravillosa de la humanidad, y por eso mismo no es dado emprenderla y menos llevarla á cabo, á los que se dedican á la enseñanza por meros motivos de conveniencia personal, ó por fines poco rectos, estando por otra parte desprovistos de los dotes y espíritu de abnegación y sacrificio, que se requieren para el magisterio. »

Don Bosco, con su famoso *sistema preventivo*, ha satisfactoriamente respondido á estos nobilísimos y altos fines de la verdadera educación y « *ha resuelto el gran problema filosófico y social, tras de cuya solución andaban los legisladores, ya que no reprime, sino previene la falta.* »

Veámoslo brevemente, dejando hablar á Don Bosco.

« Dos son los sistemas empleados para la educación de la juventud: el represivo que se vale

de la severidad, la fuerza y los castigos; y el preventivo, que basado tan solo en la caridad, ayuda con dulzura á observar los propios deberes y suministra los medios eficaces al efecto. Este es el adoptado en la Congregación Salesiana: se principia por grabar en el corazón del niño el santo temor de Dios, é inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. Con la vigilancia continua en todas partes y en todo, el buen ejemplo y los sanos consejos, *se pone á los alumnos en casi la imposibilidad de cometer faltas.* Fundado este sistema en la razón, la religión y el amor excluye todo castigo violento y procura evitar aún los más ligeros. *La caridad es benigna y paciente, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta.* »

Mas, encontrándose la juventud en toda la fuerza y el vigor de las pasiones, necesita ciertamente de un freno más vigoroso que la mantenga en el cumplimiento de sus deberes morales y religiosos. A esto se ordenan las congregaciones del Smo. Sacramento, de la Purísima, de San José y de San Luis, que Don Bosco tanto se afanaba y se afanan sus hijos en fomentar entre sus niños. Pero el gran freno, el medio por excelencia de que el humilde sacerdote se vale para retraer del vicio á la juventud y enamorarla de Cristo y de su ley divina, no es ótro que la santa Eucaristía, por lo mismo que en nuestra santa Religión no hay otro misterio que influya tan

poderosamente en el corazón humano, purificándolo, ennobleciéndolo, santificándolo y hasta colmándolo de gozo y de felicidad inefable. « La frecuente confesión y comunión, él dice, y la Misa diaria, son las columnas que deben sostener un edificio educativo del que se quiere alejar la amenaza y el castigo. » Mas, como si para tales actos se fijan y determinan días se corre peligro de que hayan niños menos avisados que indignamente reciban tan sacrosantos misterios, « no debe obligarse á los jóvenes, prosigue, á la frecuencia de los Santos Sacramentos, sino exhortarlos, animarlos, ponerles delante nuestra necesidad, atraerles suavemente y facilitarles el camino; dejándoles después en libertad para que cada cual, sintiendo su necesidad, busque el remedio. » Y para más moverles y excitarles, « en los ejercicios espirituales, triduos, novenas, sermones, catecismo etc. pónganseles ante sus ojos la belleza, la grandeza y la santidad de la Religión que nos propone medios tan fáciles y tan útiles á la sociedad civil, para la tranquilidad del corazón y la salvación de nuestra alma, como son los Sacramentos. De esta manera se les impele á estas prácticas que con gusto y mucho fruto espontáneamente frecuentarán. » Y efectivamente, causa inmenso placer y el alma se siente inundada de santo gozo, al ver la devoción, recogimiento y frecuencia con que esos ni-

ños reciben los Santos Sacramentos y fortifican su alma con el sagrado Pan de los fuertes y el vino que engendra vírgenes.

Con no menor ardor Don Bosco recomendaba la devoción á la Sma. Virgen y que la primera comunión de los niños no se retardara mucho.

Mas no son estos los únicos medios, aunque sí los principales, que han de practicarse para allanar y hacer fácil á la juventud el camino del sacrificio, de la honradez y de la virtud.

« *Servid al Señor con alegría,* » repetía Don Bosco continuamente á sus niños; y en consonancia con esto escribía en su Reglamento: « Debe dárseles amplia libertad de saltar, correr, gritar y divertirse á gusto; la gimnasia, la música, la declamación y hasta un pequeño teatro, y los paseos, son medios eficacísimos para obtener la disciplina y coadyuvar á la moralidad y á la salud de los alumnos. Debe sin embargo vigilarse para que ni los entretenimientos, ni las personas que en ellos intervegan, ni las conversaciones, en nada sean vituperables. Haced cuanto queráis, decía el gran amigo de la juventud san Felipe Neri, á mí me basta con que no cometáis pecados.

« De aquí la conveniencia de grandes patios donde los niños puedan á sus anchas divertirse.

Si este sistema se adoptara y se practicara en todos los colegios, como, gracias á Dios, se va ya

adoptando en muchos, muy pronto tocaríamos sus beneficiosos efectos; pues « de noventa, entre cien niños, no pueden ser más satisfactorios sus resultados; y en cuanto á los otros diez, se consigue al menos mejorar su índole. » Y si bien es verdad que « por parte de los preceptores encierra alguna dificultad, ésta se disminuye si el profesor se aplica con celo á su trascendental tarea. » Los frutos que deberá recoger de sus fatigas, no se harán ciertamente esperar; y serán tales que bastarán á satisfacer las aspiraciones del alma á la correspondencia. Anímennos los verdaderos prodigios que con este sistema alcanzó Don Bosco y que no narramos aquí por no extendernos demasiado; y estemos seguros que, si como él nos sacrificamos, estos prodigios se repetirán con consoladora frecuencia.

Don Bosco era de carácter vivo, ardiente y aún impetuoso; mas siendo así que los niños y jóvenes con quienes había de tratar, necesitaban de un padre cariñoso, dulce, accesible, lleno de mansedumbre, se propuso imitar á san Francisco de Sales, á quien escogió como patrón de sus obras y en quien todo esto se hallaba en grado sumo; y de tal manera domó su naturaleza que su calma era inalterable y tal el atractivo de su trato como ya en otro lugar hemos visto.

Sinteticemos, para concluir, el sistema de Don Bosco.

Todo por amor, nada por fuerza. Solo con la paciencia, la mansedumbre y el sacrificio, la constante y paterna vigilancia y sobre todo con la Religión, satisfaremos á la gran necesidad que en nuestros días se siente de educar bien á la juventud. Salvemos á los niños, pues de ellos es el reino de los cielos.



XI

Muerte de Don Bosco.—Don Rúa.

Después de haber, llenos de admiración, recorrido el estupendo cuadro que precede, forzoso nos es llegar al paso doloroso de la muerte de Don Bosco; de ese varón de Dios que *pertransiit benefaciendo*, que pasó por este mísero mundo, por este valle de dolores y de lágrimas derramando á manos llenas las bendiciones del cielo sobre tantos infelices niños que en él reconocen un padre; padre cariñoso que sólo tuvo para ellos palabras de bondad y de dulzura; padre rebo-sando amor hacia sus hijos por quienes se sacrifica hasta el último momento de su vida.

¡Don Bosco muere! Al esparcirse esta noticia llevada á todas partes en alas de los vientos, la Europa se conmueve. Mas, ¿qué digo la Europa? También allá al otro lado de los mares hay corazones que laten por Don Bosco; también en las solitarias selvas de la apartada América donde sus hijos han formado florecientes cristiandades y nutridolas al amor de este padre que se desvivía por arrancarles de la barbarie y atraerles al amor de Jesucristo, se levantan gritos de angustia y se elevan fervientes oraciones al Altísi-

mo, que se unen á las de todos los hijos y admiradores del *Apóstol del siglo XIX*, para que aparte de ellos el trago amargo de este cáliz de dolor. Mas, el árbol plantado por Dios en su Iglesia, se inclinaba agobiado por el peso de sus frutos.

Don Bosco tuvo conocimiento del día y de la hora de su muerte, que veía venir con la tranquilidad del justo que encontrando llenos todos los días de su vida, espera con ansiedad á esa dulce compañera que, sacándole de esta miserable tierra, le ha de abrir las puertas de la celestial Jerusalén donde se encuentra su tesoro formado por los sacrificios y trabajos de la vida y del que va á entrar en posesión para disfrutarlo por toda una eternidad. ¡Cuán preciosa es la muerte de los justos! *Beati mortui qui in domino moriuntur*; bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¡Cuán dulces y tranquilos los momentos que á ella preceden, y cuán diferentes de los de *dichosos del mundo*, en cuyos demacrados rostros se pinta el terror que les causa la presencia de la mensajera de la justicia de Dios que muy pronto ha de ejercitar en ellos sus rigores! Si este hecho, que cada día y cada hora se realiza, fuera más considerado, pocos nos parecerían, en verdad, veinte, treinta, cuarenta, cien años de trabajos y dolores sufridos y pacientemente soportados por cumplir con fidelidad los mandatos del Señor.

La vida es ordinariamente fiel espejo de la muerte *sicut vita, finis ita*. Decimos ordinariamente, porque Dios en su bondad y misericordia permite excepciones á esta regla general; mas son tan escasas, que más que loco y temerario sería el aventurarse en un tan importante negocio del que pende nuestra suerte eterna, no temporal.

Hemos ya visto la vida de Don Bosco, y ¿cuál había deser su muerte sino la del justo, la del apóstol, la del mártir? Mártir, sí, mártir del trabajo; « Don Bosco se va, decía el Dr. Fissore, no tenemos esperanzas de salvarle. Su enfermedad es una lenta consunción de la médula de la espina dorsal; el hígado y los pulmones están también contagiados, así que no nos es posible poner remedio; mas esta enfermedad, ninguna causa directa le ha producido; pues no es más que el resultado de una general debilidad, de una vida de agitaciones continuas y consumida por el excesivo trabajo. Don Bosco, repito, no muere de enfermedad alguna; sino consumido por el demasiado trabajo; es como una luz que se apaga por falta de combustible. »

Las inquietudes y angustias que no solo en el Oratorio de Turín sino en todo el mundo se sucedieron en el espacio de dos meses según las diversas fases que presentaba la enfermedad de Don Bosco, son indescribibles; de todas partes llega-

ban á cada instante cartas y telegramas de distinguidos personajes interesándose por la salud del ilustre enfermo. Las noticias que sobre el curso de su enfermedad se transmitían, eran con avidez esperadas; los diarios de todos colores que no hablaban de otra cosa, y todos en el mismo sentido, eran materialmente arrancados de las manos de sus vendedores. Mas la hora fatal se acercaba, y era preciso revestirse de valor y resignarse.

A las dos de la mañana del 31 de Enero de 1888, Monseñor Cagliero, que había providencialmente llegado de las misiones de América y que asistía á Don Bosco, como éste había años antes predicho, confortaba al ilustre moribundo con las preces de la Iglesia, y acercándose á su oído pidióle que bendijera por última vez á sus hijos. Don Bosco abrió sus ojos, alzó su mano ya helada, sostenida por Monseñor, y, como el viejo Jacob, bendijo á su descendencia, á los herederos de su espíritu.

Una hora más tarde llegaba un despacho telegráfico, anunciando la bendición del Sumo Pontífice para el venerable enfermo. Eran las cuatro y media cuando las campanas del templo de María Auxiliadora tocaban el *Angelus*: Todos los circunstantes, postrados de rodillas rezaron el *Ave María*, y Don Bosco, se animó en su lecho, abrió de nuevo sus ojos y una sonrisa incompa-

rable se dibujó en sus labios. . . .Era que su alma acababa de volar al seno de Dios. . . .era que acababa de alumbrarle el sol de la eternidad.

La consternación que esta fatal noticia produjo en el mundo entero, es cosa de todos conocida; de todas partes acudieron insignes personajes á prestar el último tributo al padre, al maestro ó al amigo. En la bulliciosa Turín se paralizan los negocios, las tiendas se cierran, los edificios aparecen enlutados, y todos se dirigen á la vía Cottolengo, para rezar delante del cadáver de Don Bosco.

Llega el momento del entierro y los habitantes de la populosa ciudad, no recuerdan una manifestación tan imponente y espontánea como la que en esta ocasión presenciaron. Más de cien mil personas se extendían á lo largo de la carrera; los balcones se hallaban atestados de gente y el cortejo que acompañaba el cadáver era tal, que aún no había salido éste de la iglesia de María Auxiliadora y ya los primeros que formaban aquel habían recorrido más de tres kilómetros de distancia.

Los restos de Don Bosco descansaban en el Colegio de las Misiones extranjeras, de Valsalice, cerca de Turín, en un bonito y elegante mausoleo que el recuerdo, la gratitud y el amor de sus antiguos alumnos le erigieron. Nadie que haya oído hablar de Don Bosco pasa por Turín, sin vi-

sitarlo: así como igualmente la habitación en que murió y que, en su humilde sencillez, se conserva en el mismo estado en que se encontraba en vida de su dichoso habitador.

Bien quisiéramos decir alguna palabra al menos de las virtudes y dones sobrenaturales y extraordinarios de que se hallaba enriquecida su alma; mas nos imponemos silencio por no ser esta la ocasión más propicia para ello.

Don Bosco fué historiador erudito, escritor correctísimo y orador, en su sencillez, elocuente.

Entre sus discípulos hay hoy varios Obispos y altos dignatarios eclesiásticos, distinguidos magistrados, eximios literatos, renombrados artistas y un ilimitado número de óptimos ciudadanos, quienes sienten vivísimo reconocimiento hacia su maestro, amigo y padre.

Si quisiéramos reproducir los juicios que sobre él se hicieron á su muerte, seríamos interminables; por lo que nos limitamos á dos solamente.

Dice el Excmo. Sr. D. Donato Velluti de San Clemente, Obispo titular de Oropa: « No era Don Bosco un hombre rico en caudales, sino que de ellos estuvo tan desgraciado y cercado de pobreza, que un solo campo que tenía lo vendió para dar de comer á sus chiquillos. Si algunas riquezas tuvo, éstas fueron extrema confianza en Dios y gran caridad para con todos. Y cuéntase que obró grandes portentos que nos colman de

maravilla y que apenas puede creer nuestra fe floja y escasa. Repetidas veces favoreció el Señor á este humilde sacerdote con aquellas especiales gracias que los teólogos llaman *gratis datae*. Señores, yo nada afirmo por cuenta propia, y refiriendo lo que sé y me han contado, soy muy cauto y guardaréme de adelantarme al juicio de nuestra santa madre Iglesia. Pero si un Soberano Pontífice ha dicho que los mayores milagros de Santo Tomás de Aquino eran los capítulos de la *Suma Teológica*, séame permitido decir: ¿Para qué buscar milagros en la vida de Don Bosco? Sus milagros verdaderos y más precisos, ¿no son acaso sus casas, sus oratorios, y esa muchedumbre de niños que ha conseguido salvar? ¿No son por ventura estos milagros bastantes en calidad y número? Señores, la vida de Don Bosco ha sido un continuo milagro: esto puedo deciros, sin que os sepa decir otra cosa.»

Aún los mismos diarios malos no pudieron menos de ensalzar al humilde sacerdote de Valdocco. Copiamos de *La Nación* de Florencia: «En los cincuenta años de su vida sacerdotal, Don Bosco se mostró siempre dotado de espíritu emprendedor, de una memoria feliz, de penetrante mirada, de fe robusta y de vigoroso ánimo. Atravesó por un mar de oposiciones, sin desfallecer jamás. Siempre amable y tranquilo, con igual afabilidad recitía al pobre artesano que al opu-

lento Príncipe. Encontrándonos ante un hombre que con solo el óbolo de la caridad diariamente alimentaba é instruía á miles y miles de pobres niños, podremos de él disentir en cuanto al método educativo; mas no podemos negarle nuestro tributo de admiración y nos vemos obligados á exclamar que Don Bosco, con sus Institutos, con sus asilos y con las diversas fases de su benéfica caridad, ha demostrado cuanto puede hacer, aún en nuestro siglo, la férrea voluntad de un sacerdote católico, unida á la virtud y verdadera caridad del Evangelio. »

Nuestra Congregación, decía Don Bosco ántes de morir, subsistirá siempre, porque es conducida por Dios y protegida por María Auxiliadora. Con estas palabras daba satisfacción cumplida á los infundados temores que sobre el particular algunas personas abrigaban. Y efectivamente, no solo no se ha experimentado desde que falta Don Bosco, decaimiento alguno, sino que por el contrario asombra el considerar los rápidos progresos y el imponente vuelo que ha emprendido.

Nada nos extrañará esto, sabiendo que Don Miguel Rúa, actual Rector Mayor, es la personificación de Don Bosco.

Don Rúa nació en Turín el 9 de Junio de 1837 y comenzó á frecuentar el Oratorio en 1845. Inves-tido del hábito clerical el 3 de Octubre de 1852, fué ordenado de sacerdote en 1850. Exceptuando

dos años, durante los que fué director de la casa de Mirabello, jamás se separó del lado de Don Bosco de quien fué siempre su brazo derecho; así que nadie mejor que él podía ser, como en efecto lo es, el mas fiel intérprete del espíritu y de las grandiosas ideas del Hombre de Dios; y por esto mismo, es la más exacta reproducción de Don Bosco a! que se asemeja en su laboriosa piedad, en su caridad inagotable y sobre todo en su próbida y sabia dirección de la numerosa familia salesiana.

Su vida es un verdadero milagro.

Cualquiera que lo haya tratado, no habrá podido menos de quedar edificado. Es la exquisita dulzura unida á la invencible firmeza y á la mas profunda humildad: espíritu rectísimo y eminentemente práctico; pero lo que más le honra es el juicio que él hizo el mismo Don Bosco que tan á fondo lo conocía: *Don Rúa*, decía, *haría milagros si quisiera.*



XII

Conclusión

No tuvo necesidad Don Bosco de cavilar mucho para encontrar un mote que sirviera de distintivo á sus obras. Ya desde el principio de sus apostólicas tareas en los apartados campos de Valdocco, se había hecho escribir en un elegante cartel que colocó á la entrada de su habitación, estas palabras: *Da mihi animas, caetera tolle; dadme almas y llevaos todo lo demás.* Cómo se haya afanado Don Bosco en justificar lo acertado que estuvo en la elección de dichas palabras como lema de su bandera, lo acabamos de ver recorriendo sus admirables obras que podemos resumir en estas palabras de Monseñor Belasio: « Hoy, dice, por un mezquino interés se oprime al pobre obrero hasta extenuarle de fatiga y se sofoca al niño en talleres donde no se le da siquiera tiempo para pensar en Dios y en su alma; y ved aquí que los hijos de Don Bosco abren por todas partes escuelas de artes y oficios, y no con la codicia de crueles especuladores, sino como padres, como amigos, suministran á millares de niños los medios para que se ganen honradamente el pan, sin robarles el aire, ni quitarles

la vida. Hoy se clama por instrucción; y he aquí que en Europa, en Asia, Africa y América, gracias á los Salesianos y á sus Cooperadores, se fundan como por encanto colegios, escuelas, oratorios festivos, en los que el maestro salesiano y las Hijas de María Auxiliadora, enseñan y educan en el santo temor de Dios á sinnúmero de niños de ambos sexos. Hoy se ama la música; y los Salesianos inspirados en angélicas armonías escriben maravillosas composiciones, enseñan la música instrumental y vocal en uno y otro hemisferio, conmueven los corazones, dulcifican las costumbres y levantan los pensamientos al Cielo.

Más aún: el Salesiano escribe obras populares, publica y difunde millones y millones de sanas lecturas con lo que satisface las exigencias del siglo XIX que ha dado en llamarse de las luces; y hace, por así decirlo, popular y democrática la ciencia. He dejado escapar una palabra que no solo no retiro sino que mantengo y repito. Sí, en este siglo mucho se habla de democracia; pues bien, ved en los Salesianos los verdaderos demócratas, que tales se manifiestan instruyendo al pueblo, amparando á los pobres y educando á los niños que yacen en la miseria y en el abandono; siendo no obstante los que constituyen la mayor parte de la sociedad.»

Y ya que hemos empezado citando autoridades que para conclusión nos digan lo que vale la

Obra salesiana que en todas sus partes anteriormente hemos descrito, nos parece bien continuar, no solo para que al menos el fin de estos despergeñados artículos sea digno de llamar la atención de nuestros benévolos lectores que hayan tenido la paciencia de sufrirnos y seguirnos hasta aquí, como para llevar á los corazones que lo necesiten una ilimitada confianza en la divina Providencia que á pesar de la maldad de los tiempos nos mira con ojos de bondad y misericordia; pues no podemos decir que Dios abandone los tiempos en que nos manda las apariciones de la *Saleta* y de *Lourdes*; **Papas** como Pío IX y León XIII, y sacerdotes como un Párroco de Ars y un Don Bosco.

« **Pa** **Obra** salesiana, dice el insigne publicista Sardá y Salvany, es la gran tradición de los monjes de todos los siglos, remozada y presentada al siglo actual, en el traje del día, como remedio á una de sus más congojosas enfermedades cual es la descristianización de las clases trabajadoras. Idea grande, idea fecunda, que dará su resultado social infalible, como lo ha dado siempre; pues no ha perdido un punto de su eficacia lo que tan visiblemente procede del espíritu de Dios. »

« Con sus escuelas, añadimos con Mons Rossi, con sus granjas agrícolas, sus numerosos talleres de artes mecánicas, con sus máquinas y con aquella animación y con aquel movimiento de

vida artística, agraria, literaria, religiosa y científica, todo regulado y saturado de la piedad cristiana, es una apología viviente, un mentís solemne, popular, fragoroso á los decantadores del progreso humanitario, á la par que un maravilloso cementerio á aquellas divinas palabras de San Pablo, que la piedad es útil á todas las cosas. »

No queremos cansar más á nuestros lectores, por lo que hacemos punto con el juicio emitido por el Papa León XIII, en ocasión que sobre la Congregación Salesiana hablaba con varios Cardenales y Prelados: « La Obra de Don Bosco, dijo, es á no dudarlo extraordinaria; excede á las fuerzas humanas, pues no se concibe que un hombre solo, desprovisto de medios materiales, un sacerdote pobre y humilde, haya podido hacer en breve tiempo, que breve tiempo son treinta ó cuarenta años, las maravillas que asombradas contemplan Europa y América. Ahora bien, continuaba el Papa con su irresistible lógica, lo sobrehumano ha de ser necesariamente ó diabólico ó divino, y sus tendencias y resultados manifiestan clarísimamente si es lo uno ó lo otro. Lo que tiende á propagar el reinado de la soberbia, no puede calificarse sino de diabólico; así es la Revolución y sus falsos milagros. Lo que por la inversa se dirige á extender y consolidar en el mundo el imperio de la humildad y de la

caridad ó sea, la soberanía de Dios, debe llamarse divina. El dedo del Altísimo se descubre por lo mismo patentemente en la Obra Salesiana toda vez que su fin es Cristo, su regla Cristo y Cristo el arma con que lucha, que va sembrando por doquiera abnegación, mortificación y amor, y que trabaja por la causa de Dios, y no por los intereses terrenos del hombre. »

Después de desarrollar magistralmente el argumento contenido en las anteriores palabras del Papa, termina así el Ilmo. Sr. Obispo de Málaga: « La Obra Salesiana es una obra extraordinaria, merecedora de que se le llame sobrehumana á boca llena. Sus frutos no son los que las Obras de Satanás producen, á las cuales acompañan como cortejo la soberbia, la ambición, el pecado, el vicio, y siguen á manera de escolta la ruina, la perdición y la muerte: son al contrario los frutos de las obras de Dios, que siembran en las almas la paz, en las familias el bienestar, en la sociedad el orden, y que establecen y consolidan en todas partes el imperio de la santidad.

« Ha venido, por fin, la Obra Salesiana á satisfacer necesidades apremiantes de nuestra época desde el punto de vista religioso y desde el punto de vista social.

« Podemos, pues, en conclusión decir:

“ El dedo de Dios está aquí ”

ÍNDICE

	PÁG.
Prólogo	III
Introducción	3
Don Bosco	6
Oratorio de San Francisco de Sales	15
Congregación Salesiana	31
Hijas de María Auxiliadora	39
Obrade María Auxiliadora para fomentar las vocaciones al Estado Eclesiástico	42
Las Misiones Salesianas	48
Don Bosco y la buena prensa.—Lecturas Católicas	62
Cooperadores Salesianos	71
María Auxiliadora y Don Bosco	83
Sistema educativo de Don Bosco	91
Muerte de Don Bosco.—Don Rúa	100
Conclusión	109



